

UN LARGO OCTUBRE

**Notas y apuntes sobre lo que abre y cierra
octubre de 2019 en Chile**



«Adiós aquí, no importa adónde. Reclutas de buena voluntad, nuestra filosofía será feroz; ignorantes por la ciencia, pillos por el bienestar; que reviente el mundo que avanza. Ésta es la verdadera marcha. Vamos, ¡adelante!».

Arthur Rimbaud, «Iluminaciones».



ÍNDICE

I. Preámbulo	[p. 7]
II. La agitación social de la postdictadura	[p. 13]
III. Entre dos fantasmas: la UP y la Dictadura como mitologías del presente	[p. 29]
IV. Encuentros y desencuentros de la izquierda chilena: revolucionarios sin revolución	[p. 39]
V. La revuelta de octubre: ¿cisma o continuidades?	[p. 49]
VI. El Estado como fin último, nuevamente	[p. 61]
VII. Perspectivas	[p. 69]



I. PREÁMBULO

*«Pronto nos iremos
Arcano sueño
antepasado de mi sonrisa
el mundo está demacrado
y hay candado pero no llaves
y hay pavor pero no lágrimas».*

Alejandra Pizarnik, «Cenizas».

No es fácil escribir en tiempos de crisis. No es fácil posicionarse en tiempos de crisis. Pero es necesario porque no existen fórmulas mágicas ni recetas universales para poder interpretarlas y menos aún para resolverlas. Hay que inventarlas en cada paso, en cada gesto, en cada encuentro, en cada una de las reflexiones que se hacen en torno a un momento específico. Cada crisis o episodio de crisis debe encontrar las formas con las cuales enfrentarla y desde ahí hacer su propio recorrido con todas las herramientas posibles, pasadas y presentes. Identificar la crisis y sus estrategias exige jugar con el léxico que la hace comprensible.

Las crisis son episodios supuestamente excepcionales pero la historia de nuestro tiempo nos indica que tienen ciertas regularidades y que cada vez son más recurrentes. En cierta forma son cíclicas y acumulativas: en la más reciente es posible rastrear todas las anteriores, como en las espirales que llevan hacia un punto específico donde el curso se abre hacia un origen y se proyecta.

Hace tiempo que vivimos en crisis, pero hace poco que nos vamos sacando la venda y tomamos en cuenta que nos constituimos con ella. Nadie puede estar ajeno a la crisis, porque cruza los cuerpos, las subjetividades y, querámoslo o no, es una parte importante de nuestra existencia porque nos determina en lo más profundo: nos da herramientas y nos quita estabilidad. Nos exige gobernar y vivir en movimiento, dinámica y forzosamente.

Existe un viejo refrán que dice “a río revuelto, ganancia de pescadores” y que en esta coyuntura toma ribetes simbólicos y materiales específicos. Las crisis pueden acarrear confusión, entendiéndola como una herramienta lingüística en cuanto esconde su sentido profundo en su apariencia, llevando todos sus elementos hacia la superficie. Hay que diferenciarla de la incerti-

dumbre, que es la falta de certezas o incluso una determinación del azar. Las crisis tienen “otra naturaleza”: son las contradicciones que componen una estructura las que se asoman, toman una posición central y se encuentran, chocan: se abre un terreno sinuoso que tarde o temprano se vuelve normal. La crisis da paso a otras formas de hacer vivible lo invivible y viceversa. No se presagian, llegan. No se cierran, se acumulan.

La redacción de este documento se sitúa en la crisis que vive la sociedad chilena, en particular, y la internacional, en general, y que aquí, desde donde escribimos, se vuelve reconocible en toda su magnitud desde el 18 de octubre de 2019. No queremos decir que antes no haya existido o que encontrara en ese punto del tiempo su despertar, sino que las condiciones que se desataron a partir de ese día vuelven asible su origen que se remonta, por lo bajo y específicamente para estas tierras, hace por lo menos 50 años atrás. Los sucesos que se originan en octubre de 2019 son el salón después de pasar por el corredor. Más allá está el patio.

Las explicaciones e interpretaciones son siempre causales. Se van enhebrando, constituyen un tejido que se entrama hasta generar un cuerpo completo y complejo, con fisuras y vacíos que son partes necesarias del conjunto. A veces siguen un patrón claro, otras tantas son enrevesadas y cuesta seguir el hilo de la madeja. Algunas tienen múltiples hebras; otras solamente una que se da vuelta sobre sí misma al punto que confunde hasta pensar que son varias. Sobre todo dependen de una capacidad argumentativa, para encontrar distintos flancos desde donde abordarla. Usualmente, todas las verdades se tocan en algún punto, para incluirse o excluirse unas con otras, pero se tocan.

Por eso escribimos intentando deshilvanar las hebras en la urgencia, pero de una que intenta dar claves para quien quiera tomarlas y apostar hacia otro futuro y, ojalá, otro presente. Hay que desenredar la madeja antes de pensar otro tejido. Y no uno como lo están pensando ahora ciertas burocracias bien instaladas o ciertas vanguardias que intentan cumplir manual en mano las etapas que una pseudoteoría les entrega. Si el pensamiento dialéctico —que más de alguien reniega, desacredita o ni siquiera conoce— tiene una riqueza es la de acercarse multifocalmente a un objeto, de encontrar su hebra principal e incorporar las laterales a ese cauce, siempre en movimiento. Es pensar con, desde y en la contradicción en tiempos donde el pensamiento ha sido degradado a la gestión de ideas, a la comunicabilidad de la opinión o al simple posicionamiento de una quimera que intenta atrapar una realidad que se le escapa.

Nunca un acontecimiento es tal por sí mismo ni por sí solo. Nada existe en el caudal de lo que comprendemos como historia que se posiciona de manera aislada y que no tenga relación con otros fenómenos, ya sean pasados, presentes y futuros. Quizá no de manera patente y clara, pero sí desde una óptica interpretativa que los hace asibles. Quien cree en la excepcionalidad

dad de un hecho, de un acontecimiento, carece de herramientas para poder interpretar de manera profunda y compleja lo que llega a entender como realidad en su totalidad. Así como en el mundo físico los astros en las más lejanas galaxias están conectados con las más pequeñas partículas descubiertas por la física, en la historia todo está conectado con el todo y hay que saber inventarse las formas de entender estas relaciones, encontrar sus posibles recovecos y las tramas que los emparentan, por continuidad o ruptura. Esto de ningún modo significa que existan leyes objetivas o automáticas que estén disponibles para ser tomadas en cualquier momento y aplicadas a una realidad histórica determinada. A lo sumo hay formas de interpretación que se pueden tomar como base, pero nunca se pueden repetir. Así como la historia se va transformando producto de su propio movimiento, la interpretación transita por el mismo rumbo.

Teniendo esta posición en cuenta, es que presentamos esta interpretación política sobre la revuelta que se inicia el 18 de octubre de 2019 en Santiago de Chile y que se prolonga por todo el territorio hasta el día de hoy bajo la forma de un *estallido social*, asunto que trataremos de manera profunda en los apartados que siguen. Consideramos que para poder explicarlo, en el sentido de entender cuáles han sido sus formas y contenidos, es necesario tomar una posición que supere la excepcionalidad mediante la cual se ha leído hasta el momento por todos los sectores políticos que se han visto involucrados en el proceso desde esos días salvajes que no volverán, pero que de manera latente aún están ahí. Nadie se baña dos veces en un mismo río, nos dijo alguna vez el viejo Heráclito.

Ahora que la situación es compleja, escribimos esta interpretación desde el encierro, producto de una crisis sanitaria de largo alcance y profundidad pero que da cuenta de las condiciones en que el modo de producción capitalista viene funcionando hace décadas, con su estricta manifestación política y las formas societales de relación. Seamos claros: vivimos en una sociedad de individuos y no en una donde los individuos se encuentran en un proyecto mancomunado. Este diagnóstico basal nos resulta importante de establecer porque a partir de él podemos aventurarnos a encontrar diversos caminos en que la organización política, así como sus horizontes de sentido y de pregunta, ha tomado cuerpo en los últimos cuarenta años. No se trata de establecer una retórica vacía sino de encontrar ciertos hilos que se han entrecruzado al punto que a veces el tejido se pierde de vista. El ejercicio recae, necesariamente, en separar la paja del trigo y de captar el campo donde crecen.

Aquí no jugamos al comentario político ni a su proyección como analistas, que quede zanjado desde el principio. Tomamos nota de qué pasa y cómo pasa, así de simple y complejo. Una tarea bastante ingrata por decirlo de cierta manera, pero extremadamente necesaria, sobre todo cuando toda nuestra crianza y formación política e intelectual está cruzada por la derrota en todos los frentes posibles y en magnitudes de distintas profundidades.

De donde venimos hemos tenido que convivir con imágenes y simbolismos sumamente fuertes pero con pies de barro. En cierta medida, tendemos a saldar cuentas constantemente, desde reivindicar un nombre como el de “comunistas” en una sociedad que tiene como referente para esa posición a la Unión Soviética, Cuba, Venezuela o Corea del Norte, cuando no tenemos ningún vínculo con esas experiencias de capitalismo de Estado más allá de un fantasma que recorre la conciencia colectiva, y que tiende a la confusión de la que hay que desmarcarse. Denominarse como “comunistas” en esta época nos emparenta con otras experiencias y con otras expectativas; con otros nombres y lecturas; con formas de vida de distintas latitudes y anhelos diversos. Es vivir con los fantasmas obliterados de la historia.

Por estos motivos el 18 de octubre, lo que ahí pasó y lo que se desencadenó, nos resulta importante: nos compromete en lo más íntimo de nuestra existencia y experiencias porque encontramos conflictos en este acontecimiento, que marca una llaga dulce y agraz para quienes queremos el fin de este mundo y abogamos por otro aún informe. Habrá quienes piensen que fue el gran evento del siglo o, incluso, que sea el cierre del siglo XX y el comienzo del XXI en este territorio: no dejan de tener un poco de razón.

Quizá por eso surge esa sensación que se puede palpar entre los cánticos y consignas gritadas a todo pulmón primero en las calles de Santiago y luego en las de todo Chile, que en más de una ocasión se ha escuchado: “no son treinta pesos, son treinta años”, refiriéndose con ello a que el mal de todos los males que hoy se padecen en Chile proviene del proceso pseudodemocrático iniciado con el plebiscito de 1988. Desde la perspectiva pseudodemocrática, el hito narrativo instalado a partir de aquel plebiscito responde al malestar y una serie de protestas sociales iniciadas en 1982 en contra del régimen dictatorial de Pinochet. En estos términos el plebiscito de 1988 cierra el ciclo de la dictadura, para abrir un proceso de cambios y reformas sociales, una suerte de reanudación del proyecto de justicia social que encuentra en la Unidad Popular su quintaescencia, pero sin caer en sus errores y radicalismos.

¡Que mentira más grande y funcional se nos heredó! Cada una de las posiciones en la izquierda ha generado su propio relato heroico sobre la lucha contra la dictadura, que les ha permitido a cada una tener la razón y eximirse de todo error. El error es siempre de otro: la Concertación, los renovados, la derecha, el empresariado, la ultra, los ricos o las fuerzas internacionales que complotan secretamente en la búsqueda de la implementación de un gobierno mundial.

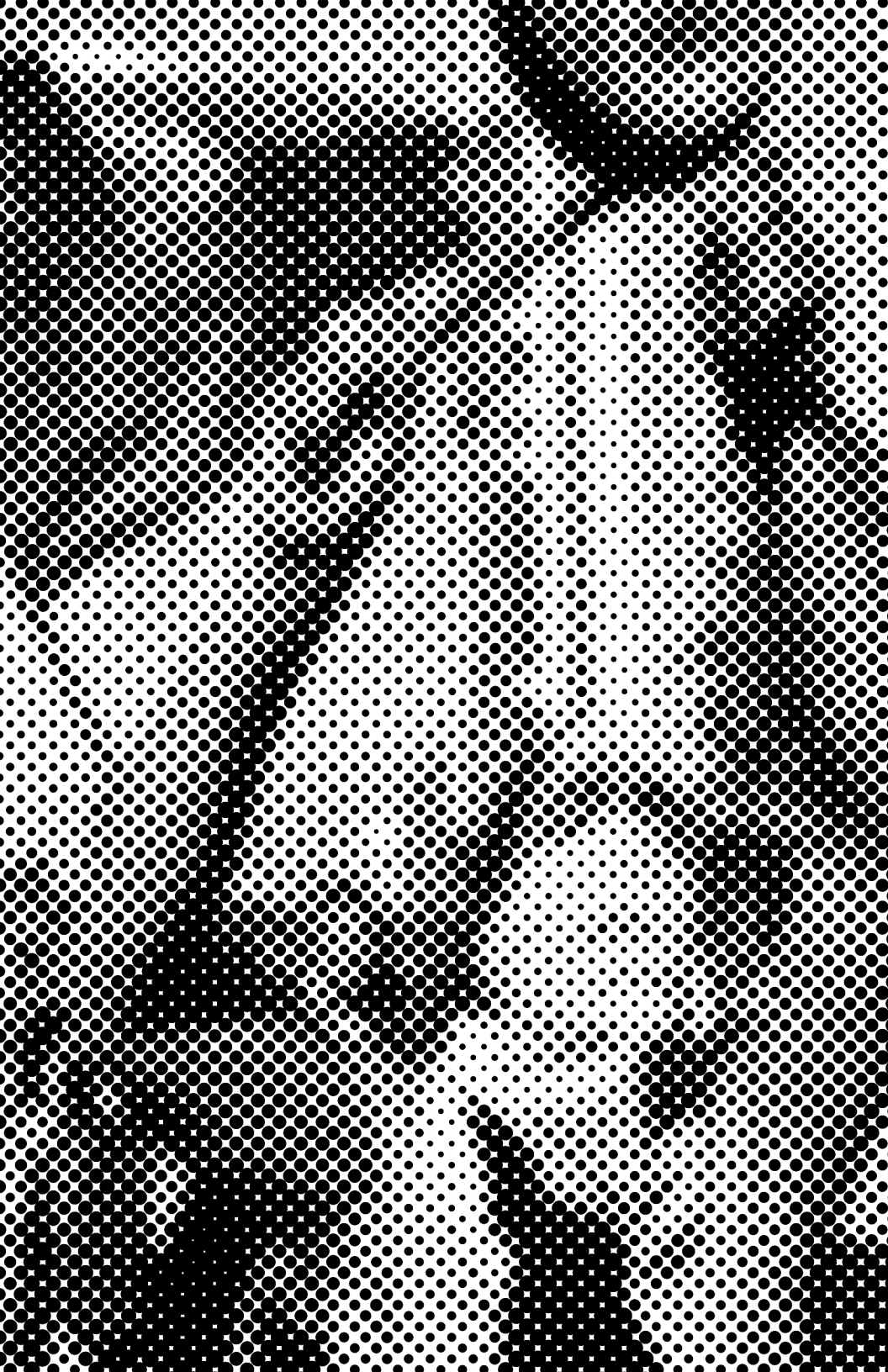
Este escrito tiene como finalidad ampliar el límite que se inaugura & clausura con la irrupción de fuerzas “inconscientes” o “informes” desde el 18 de octubre. Necesariamente dual, la revuelta de octubre la leemos como una bisagra: abre y cierra la discusión, dependiente de hacia donde se mueva la mirada. Resulta inocuo e iluso pensar su manifestación material como pura “espontaneidad” o como puro “malestar”. Aquí hay algo más y que puede

funcionar para la crítica en el presente, que no se puede soslayar: el mito del obrerismo como constructor de mundo, como posibilidad revolucionaria, y que tiene sus réplicas en distintas escalas en una serie de movimientos que retoman su forma de comprender el mundo.

No tenemos nada que ofrecerle a quien ande buscando una explicación para satisfacer sus propias necesidades de hacer vivible lo invivible. Este escrito es un posicionamiento y un llamado para ampliar el horizonte, para llevarlo aún más lejos. Es una “corrida de cerco” simbólica para que en algún momento se vuelva material. Quien busque ser complacido en las siguientes líneas a partir de sus propias intuiciones se puede sentir defraudado de antemano: aquí no encontrará respuesta alguna ni a la situación ni al malestar que puede sentir al no tener coordenadas de referencia que le indiquen un camino a seguir. Para eso existen los mapas. Esa es la virtud y la tragedia de la producción de teoría: asumir la incertidumbre donde lo conocido encuentra un cauce para abrirse a lo desconocido y posibilitar otro mundo con otros conflictos.

El carácter fragmentario de este escrito tiene como objetivo descomponer la realidad a partir de cómo esta se nos presenta: como fragmentos. Hacerse uno con la época, participar en su negatividad, es una tarea para la teoría que nunca es fácil de digerir. Quien lea tendrá que encontrar, o producir, sus propias herramientas analíticas y con eso es suficiente para un tiempo que ha inmovilizado la posibilidad de pensar y de actuar. Por tanto el fragmento tiene un doble objetivo: pensar y hacer pensar lo particular para recomponer la totalidad o por lo menos imaginarla.

Esa es la gran derrota de la izquierda en buena parte del globo: haber perdido la imaginación de lo político y haberlo transformado en política como esfera separada. Desde el militante de base al dirigente, del simpatizante al convencido, del sindicalista al intelectual, toda la actividad de la izquierda se convirtió en una competencia por la gestión del mundo, incapaz de imaginar un horizonte posible de transformación: eliminó su perspectiva histórica. Que este documento constituya entonces un insumo para volver a imaginar la transformación del mundo, aunque sea de modo embrionario.



II. LA AGITACIÓN SOCIAL DE LA POSTDICTADURA

«Para mí ya terminó, el fin de utopía es como mi propio fin, ¿para que repetirme el plato? Vamos si no es para estar triste».

Ramón Griffero, *«Cinema-Utopía»*.

El relato oficial de la izquierda revolucionaria establece que, luego del pacto entre las diferentes facciones de la burguesía que significó el plebiscito, vino un periodo de franco retroceso del movimiento revolucionario y popular dentro de las fronteras chilenas. En el nuevo periodo político abierto, los nuevos tecnócratas y burócratas del poder —alas moderadas y renovadas del PS, su vástago instrumental “PPD”, DC y las diferentes agrupaciones políticas de la Concertación— se encargaron, a través de la validación democrática, de profundizar los procesos económicos y sociales abiertos y desarrollados por el periodo dictatorial de Pinochet (1973-1990).

Uno de los aparatos encargados de esta validación fue “La Oficina”, órgano de inteligencia policial formado por agentes y tecnócratas del PS, y encabezado por Marcelo Schilling, con varios funcionarios “subcontratados”. La función de este aparato fue desarticular y desarmar a los grupos de izquierda revolucionaria que seguían operando en el periodo postdictatorial, pues ya habían cumplido su labor de combatir a la dictadura. Ahora que se vive la democracia, el contexto socio-político ha cambiado, y estos grupos armados no se han dado cuenta. Por lo cual es necesario hacerles saber aquello, eliminándolos. Tal como relata Marcelo Schilling, en un periodo de un año aproximadamente “La Oficina” logró desarticular estos grupos. *¡Una vez más la revolución ha sido traicionada por los perversos moderados de izquierda!*

Como golpe final a esta izquierda revolucionaria clásica, vino la caída de los socialismos reales. Uno a uno fueron derrumbándose los países socialistas: ya no hay más posibilidades fuera del capitalismo. Los devotos de la religión de la historia han quedado fuera de la historia. Lo que queda de esa izquierda se aferra a sus partidos y textos como coleccionistas de antigüedades, o se decanta por otros movimientos con demandas específicas, o se sume en el nihilismo y la desesperación o se resguardan en universidades a la espera de formar nuevos cuadros políticos.

La izquierda que optó por la lucha armada durante la dictadura se encuentra en un panorama dominado por la capitulación, el arrepentimiento, el abandono, la desorientación, el aislamiento, la delación, la cárcel y la muerte. Las generaciones más jóvenes son las mayormente golpeadas y abandonadas a su suerte. Si bien el contexto de la *Transición* juega un rol importante en términos de sellar una derrota político-militar que se había materializado años antes en dictadura, será la rigidez de las mismas estructuras militantes las que potenciarán el descalabro y la desorientación de sus protagonistas. Su funcionamiento fuertemente jerarquizado y compartimentado bajo una lógica militar y burocrática, sumado a una nula formación teórica y absoluta ausencia de discusión política y, por consiguiente, de una autocrítica robusta que oriente la práctica, condenará a muchos a una existencia/resistencia que operará bajo el tortuoso imperativo de anteponer el deseo a la realidad, y bajo la lógica de “morir con las botas puestas” como antípoda moral frente a quienes capitularon y en algunos casos no dudaron en salvar el pellejo a cambio de entregar a sus pares. Se agota la simpatía por la lucha frontal y armada, se agotan los ayudistas, se multiplican los delatores, los arrepentidos y los funcionarios.

La fragmentación se presenta como única posibilidad de existencia, siendo la población y las tomas de terreno por un sector, y los sindicatos y sectores productivos por otro los radios de acción posibles y “legítimos” para “guiar” al “pueblo”. En medio de acusaciones y críticas estériles y superficiales de una tendencia política hacia otra —cultura mirista, rodriguismo, trotskismo y un naciente “autonomismo”— la izquierda intenta reconstruirse según cada tendencia y catecismo. Abundan los ranchos políticos y siglas levantados por “cuadros” y “estandartes” de la resistencia y de luchas pasadas. Abundan las siglas y las acusaciones de orden moral y cristiano. Escasea, o derechamente no existe, la revisión crítica o el análisis de las experiencias transitadas. No hay tiempo ni posibilidades por delante si la revolución consiste en repetir mecánicamente la historia de una derrota. No importa cuán pintorescos, idílicos y prometeicos sean los decálogos, los mandamientos o las promesas, no son más que los espasmos antes del *rigor mortis*.

En paralelo a la caída de la izquierda revolucionaria, comienza a organizarse el movimiento LGBT, con la creación del Movimiento de Integración y Liberación Homosexual Histórico (MOVILH) en 1991. Las primeras luchas se focalizaron en la despenalización de la sodomía y, en la década del 2000, en la creación de una ley de antidiscriminación que permitiera frenar la violencia homo, lesbo y transfóbica en el país. Sin embargo, la concentración de sus luchas en la homofobia y los problemas específicos de hombres gays, más que problemáticas de mujeres lesbianas y trans, generó un debilitamiento del MOVILH Histórico hacia finales de los '90, que culminó con la expulsión de mujeres trans y de activistas que se vincularon con la prevención del VIH-Sida dentro de la organización. Por otro lado, casi a finales de

la década de los noventa, el 1 de diciembre de 1997 un grupo de weychafe realiza la primera acción de sabotaje contra camiones forestales. Con este hecho irrumpe la CAM en la centenaria lucha del pueblo mapuche contra el estado chileno, marcando así el inicio de la reorganización del movimiento mapuche. Ahora, donde la antigua identidad y cultura obrera en la cual fundaba su mitología el viejo movimiento revolucionario —el bastión de un nuevo mundo—, da paso al particularismo, un nuevo periodo de luchas y movimientos sociales fragmentados guiados por una política de la identidad que apunta a un integracionismo democrático.

El movimiento estudiantil es quizá la cara más visible de una rearticulación y renovación política hacia fines de la década de 1990. No olvidemos que la punta de lanza del largo octubre de 2019 surge de las acciones del movimiento secundario. Punto importante en este aspecto es la influencia del “anarquismo cultural” en la perspectiva organizacional que toman diversos grupos a lo largo y ancho de la capital y extensivamente hacia el resto del país, pero que es necesario pensar a la luz de sus propios antecedentes. Pensemos que con la vuelta de las elecciones —nos negamos a decir “retorno de la democracia”— el movimiento estudiantil antidictatorial de los años ochentas desaparece como por conjuro. Las iniciativas de organización estudiantil están cruzadas por la militancia de los partidos políticos considerando al estudiantado como cantera: posibles electores, posibles militantes. Para algunos serán votos a futuro, para otros serán futuros cuadros.

Las organizaciones estudiantiles a mediados de los años noventa no son más que organizadores de fiestas: aniversarios de colegios, fiestas de sábado por la noche, kermeses, bingos... a veces con gente de las “juventudes comunistas” en las dirigencias, otras con gente ligada a los partidos de la Concertación. Son años donde la juventud se representa como marginal o como sujeto de deseo. En tanto que marginal, un resabio de las oportunidades de la economía nacional que se abría al mundo como milagro; en tanto que sujeto de deseo, colonizado por la industria cultural emergente que va construyendo su subjetividad a partir de los objetos e identidades que le ofrece. Hay varios reportajes televisivos que muestran esa juventud de los años noventa: es una juventud triste, con horizontes limitados y estandarizados, sin esperanzas y, por sobretodo, sin ánimos de tenerlas. El “no estoy ni ahí” del Chino Ríos es su sello de origen.

Ni siquiera el mundo universitario se salvaba de la situación. Las manifestaciones por el arancel diferenciado, el fin de la LOCE y la democratización de la universidad son los hitos de los años noventa y que tienen al año 1997 y 1998 como los más conflictivos, que incluye un paro de meses en las principales universidades del país al que, incluso, se sumó el cuerpo académico de varias universidades de Chile. Por el reverso, la política universitaria de los años noventa no es más que el fogueo de sus dirigentes para futuros puestos administrativos en el gobierno, en las municipalidades, en ONGs, en

think tanks, en gremios... Tecnócratas de la política y del trabajo, podríamos decir que instalan, políticamente, la cultura del funcionario.

Aquí es donde el “anarquismo cultural” tiene importancia. La postura del “hazlo tú mismo” del hardcorepunk tiene gravitación entre una parte de la juventud, principalmente de la que viene de familias de militantes de izquierda quienes vieron como la “alegría” que prometía el retorno a las elecciones pseudodemocráticas no les llegó ni a hacer cosquillas con una sonrisa. Es imposible pensar en los movimientos estudiantiles que aparecen hacia el final de la década de los noventas sin la influencia del “anarquismo cultural”, principalmente porque el “anarquismo político” no había dejado estela frente a la ganada de terreno que había realizado el marxismo sobre el movimiento obrero. ¿Alguien ha escuchado, leído o siquiera sabido algo del anarquismo desde los años sesenta en Chile sin ser “especialista en el anarquismo”? ¿Es un problema historiográfico o simplemente no estaba como horizonte de pregunta? Sólo encontramos tibias referencias acerca de los esfuerzos unitarios y la participación fugaz de algunos militantes anarquistas en apuestas orgánicas de la órbita de una “nueva” izquierda —la de los *jóvenes buenos mozos y de armas tomar*—. Apuestas e intentos de los cuales serán rápidamente purgados y expulsados —una vez más— por herejes, según los perdedores oficiales de esta historia, que no es nuestra intención contar.

Si la expectativa de varia gente que creyó que con la “cultura” se les abría un sinnúmero de posibilidades a través de la incursión de sellos discográficos, que apostaban por algunas agrupaciones musicales que no se ligaban a la música de protesta de los ochentas y que representaban un sonido en boga, globalizado, ello se cae rápido, porque las modas del mercado también se suceden rápido y con ello el cambio de actitud hacia la producción cultural. Canales de televisión, suplementos de diarios, revistas musicales y de tendencias, emisoras de radio, todas enfocadas en ese segmento juvenil, aparecen y desaparecen con rapidez.

Durante la época transicional la idea del “destape” se explotó bastante, como esperando que sucediera algo similar a la transición española postfranquista y la aparición de “La movida”. Nunca llegó ocurrir con excepción de un par de desnudos bullados, un par de librillos de segunda categoría elevados a *Zeigeist* pero que con los años todo el mundo olvidaría, quizá con la excepción de quienes los escribieron. La única excepción fue el cine, con sus héroes de poca monta pero que eran transformados, en ese trágico recorrido de “Johnny cien pesos” y “Caluga o menta”, en íconos que aún resuenan como retrato de la marginalidad dentro del milagro neoliberal del jaguar latinoamericano.

Pero ahí, en los lindes de la industria cultural, se generaba una apertura a otras formas de vida. “Tengo algo que decir y es importante que lo diga con lo que tengo a mano” se transforma en una forma potente de actuar en y desde la cultura. Bandas, sellos, fanzines, tocatas, parches, okupas, colectivos.

Si bien es gregario e identitario, tiene una forma de actuar que traspasa su propio núcleo y radio de acción. Ciertas ideas sobre la horizontalidad — que van desde el antisexismo, el antimilitarismo, el vegetarianismo hasta el asambleísmo— son influjo del “anarquismo cultural” y que se traspasan al movimiento estudiantil, principalmente el secundario, a la vez que rompe con la izquierda tradicional del movimiento obrero clásico.

Los primeros encuentros entre universitarios y secundarios del sector centro de Santiago se dan en 1998. Las ideas se empiezan a cruzar, se ven formas de acción novedosas para el ambiente de la época, las movilizaciones crecen. Los discursos se transforman. Las organizaciones se multiplican y con ellas los puntos de vista. Entre 1998 y el 2000 se podría pensar que existe una etapa germinal de reorganización de fuerzas antagónicas que con el tiempo darán pie a nuevos disturbios, pero que aún no encuentran su forma concreta debido a que siguen buscando sus contenidos. También se puede pensar como el inicio del asambleísmo, práctica teórica poco desarrollada en estas tierras debido a décadas de verticalismos varios.

La ACES —Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios— es la primera expresión formal y a gran escala de este fenómeno. Tengamos en cuenta que la ACES se forma a partir de la ruptura de la FESES —Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago— organización que guarda completa relación con el movimiento obrero clásico chileno del siglo XX, mediada y cooptada por los partidos políticos, principalmente de su izquierda. La ACES surge a partir de la congregación de diversos colectivos estudiantiles radicados principalmente en liceos “emblemáticos” de Santiago, en los que pululan punks, raperos, trashers y que a partir de la música tienen su primer acercamiento a la política del “anarquismo cultural”. En la FESES no sienten cabida por su estructura jerárquica, porque no hay afinidad con los partidos políticos que la comandan y la terminan por sepultar.

Sin embargo sus demandas son las mismas: un Estado que haga la vida más vivible, más presente, que se preocupe de la población, que garantice un estándar de vida donde la educación sea un derecho universalmente consagrado, y que los medios para poder estudiar también sean consagrados, como la tarifa del transporte que suscita la primera gran manifestación de secundarios: el “mochilazo” del 2001, al que le anteceden las manifestaciones del Frente Anti-Alzas de los años 1999 y 2000.

En el primer congreso de la ACES se lee en uno de sus documentos de discusión:

La autonomía es un principio rector, así como la horizontalidad, que debe entenderse como ‘acción directa de masas’, lo contrario a delegar esa acción en un dirigente. Por esto no se plantea jerarquización ni dirección central como necesidad. Cada sector que se integre tiene la misma importancia. Las decisiones se toman abajo, en asambleas de libre convocatoria. Las clásicas directivas

y sus funciones y atribuciones, son reemplazadas por comisiones ejecutivas que se ajustan a las resoluciones por todos tomadas y las ejecutan públicamente.

De esta forma se dio paso a la nueva organización, que crece rápidamente y se posesiona como el referente legítimo de los secundarios para el hoy. Las definiciones hechas por el congreso de la FESES, durante el conflicto, sirvieron tal como pudieron ser sobrepasadas. La idea central de este nuevo espacio de discusión, es definir claramente qué queremos de nuestra organización, ya a meses de su nacimiento¹.

Quizá lo más importante y que puede ser leído como la novedad de la ACES es precisamente su forma organizativa. En cierta medida, se retoma “sin saberlo” la antigua idea de partido, rompiendo con la forma-partido heredada del marxismo explotada hasta sus últimas consecuencias por el leninismo y, por sobre todo, con la idea de vanguardia. En esos días habían muchas vanguardias del proletariado, principalmente en su vertiente popular, que cada tanto en tanto se mostraban en los rituales de la resistencia a la dictadura que aún sobrevivían, y sobreviven, en el nuevo ciclo histórico. “*Salidas*” que derivan en enfrentamientos con la policía en universidades y en poblaciones emblemáticas en fechas específicas para conmemorar la caída de combatientes populares y fracasos diversos, funcionan como una escenificación de un movimiento de masas que, al igual que la “*alegría*”, aún está por venir. El campo de batalla del marxismo-leninismo popular no deja de ser llamativo por su discurso y la retórica que despliega: sigue realizando una homologación inmediata entre pueblo, “pobre” y proletariado, herencia de los años sesentas y que se acentúa en los ochentas como programa de “liberación nacional”, producto de un arsenal teórico que se muestra, a todas luces, como regresivo. Es lo que hasta el día de hoy se reconoce como “ultra-izquierda”.

El escenario es distinto a mediados de los noventas. El breve auge de la economía producto de su neoliberalización y apertura definitiva a los mercados internacionales —principalmente hacia el Pacífico— en el marco del neoextractivismo extendido por toda la región latinoamericana, da una sensación de triunfalismo al largo proceso neoliberal que se inaugura a fines de los años setenta. Son los años de la “globalización” que sobrevienen a la caída de los “socialismos reales” —de los capitalismos de estado en el orbe soviético para ser más precisos—, el fin de los metarrelatos y el fin de la historia de Fukuyama. En 1994 Chile entra a la APEC, producto del milagro económico y se transforma en el jaguar de América Latina, una economía “competitiva” como dirán los expertos. Pero el entusiasmo no durará mucho: en 1997 estalló la Crisis Asiática, con las repercusiones esperables en Chile y su apertura a esos mercados, conduciendo según cifras oficiales a un índice de desempleo

1. “*Documento de discusión: Historia de la ACES*”. Santiago, 2001. <https://www.nodo50.org/aces/index1.htm>

cercano al 12%. “En 1998 las exportaciones totales de Chile experimentaron una disminución de 11% respecto al año anterior. A inicios de la década, del total de las exportaciones de Chile, un 26,8% se destinaba a la zona de Asia. Esta proporción se elevó al año 1995 a un 34,3%, para finalmente caer al año 2000 a un 30,8%. Lo cual refleja el impacto que tuvo en el ámbito del comercio, la crisis en esa región”². El FMI y el Banco Mundial intentan frenar la crisis global y el BID se enfoca en América Latina. El gobierno de Frei generó una serie de programas de subempleos —PGE, equivalente noventero a los PEN y POJH de la Dictadura para responder a la crisis económica de 1982— y, por lo menos en lugares de la periferia de los grandes centros urbanos del país, hubo necesidad de ollas comunes y se realizan movilizaciones “masivas”, mientras se soñaba con algún logro en el mundial de fútbol en Francia, al tiempo que habían cortes de luz programados en varias ciudades producto de una sequía prolongada.

¿Y la izquierda? Presenta a Gladys Marín como candidata presidencial en junio de 1998, disputándose eso que ha derivado en llamarse “progresismo” con Tomás Hirsch del Partido Humanista y Sara Larraín por parte de grupos ecologistas. Al tiempo, ciertos sectores de izquierda “encontraban” en la resistencia pehuenche a la construcción de la Central Ralco de ENDESA —capitales transnacionales con primacía de grupos españoles— en el Alto Bío Bío un bastión de lucha. Nicolasa y Berta Quintremán fueron las caras visibles de esa resistencia, mientras Ricardo Lagos decía que oponerse a Ralco significaba aprobar aumentos en el costo de la luz. Así de miserable ha sido siempre Lagos y lo que representa.

Los anarquistas se organizan principalmente en colectivos, existiendo diferencias programáticas entre los distintos grupos que empiezan a aparecer por aquellos tibios años noventa. En 1999 surge el Congreso de Unificación Anarco-Comunistas, más conocido como CUAC, que es la primera estructura a nivel nacional que representa la vuelta del anarquismo político y que se opone directamente al *anarquismo cultural*. Sus documentos, entrevistas y demases son muestra clara de esta tendencia cuando plantean la necesidad política de diferenciarse del espectro cultural, “de la tribu urbana” como le dicen.

El plataformismo desde el que se sitúan en el CUAC hace que pretendan tomar otro sustento y carácter, intentando levantar frentes de masas —poblacional, estudiantil, sindical, etc.—, los que les dota una forma leninista de partido comprometido. Es interesante este vuelco: el anarquismo político en Chile durante los últimos veinte años ha resultado tomar más de los leninistas que del anarquismo clásico que se basaba en un modo de vida más comunitario, más “cultural” u orgánico. Esto último queda plasmado en las proyecciones que tienen con el paso de los años y que derivan en la Orga-

2. <https://www.zonaeconomica.com/chile/crisis>

nización Comunista Libertaria (OCL), el Frente de Estudiantes Libertarios (FEL) y que tienen su expresión más reciente en la Izquierda Libertaria (IL), la cual cuenta con una diputada desde el 2018: Gael Yeomans. Extraño es un adjetivo que queda corto en estas tendencias.

“Entre el 15 y el 20 de marzo del 2001 se realizaron en Santiago una serie de acciones a propósito de la reunión anual del *Banco Interamericano del Desarrollo* (BID). El Estado temía que este congreso se convirtiera en otro Seattle, Davos, Praga, o Nápoles, y, a su propia escala, efectivamente logró replicarlos”³, las que derivaron en la organización de la Coordinadora Anticapitalista, bloque que reunió en su punto de apogeo a 46 organizaciones de distinta índole, pero que por diferencias internas lógicas de una coyuntura termina por disolverse en diciembre de 2001.

El panorama tanto para la ultra-izquierda como para el anarquismo cambia hacia una lógica antiglobalizadora, producto de los movimientos internacionales contra ella y el acceso episódico a nuevas prácticas que se venían produciendo desde hace algunos años. La muestra más visible de este nuevo fenómeno es lo que ocurre con la cumbre de la APEC en el 2004, con la primera batalla callejera que recuerde Santiago desde la salida de la dictadura del poder político: el Parque Bustamante en Providencia y sus alrededores presencié las primeras acciones de carácter altamente violento y de forma masiva fuera de espacios universitarios o poblacionales y, por sobre todo, sin fines conmemorativos. La confluencia de diversas agendas —desde los ecologistas y grupos socialdemócratas hasta anarquistas— influyó en esta masividad, que no estaba ligada necesariamente por intereses políticos comunes, sino que es el marco del rechazo a la “globalización” el que posibilita esta confluencia, altamente tensionada.

Sin embargo, uno de los resultados más inesperados de la entrada a la globalización al discurso de la agitación social y el surgimiento en estas tierras de posiciones antagonistas, y que recuerda vívidamente y de manera concreta la crisis de 1997-1998, es que se cae en cuenta de la desactualización teórica que ayuda a comprender de manera compleja la realidad nueva y enmarañada que se estaba desarrollando.

La actividad del Núcleo de Izquierda Radical Autónoma (o simplemente IRA) —proveniente de la conjunción de los grupos Instituto de Prehistoria Contemporánea y del Instituto de Vandalismo Comparado— viene a saldar medianamente esta deuda con la publicación de los tres números de su revista *Antagonismo* —con artículos de Robert Kurz, Anselm Jappe, entre otros cuyas traducciones nunca habían sido vistas por estas tierras— y con su edición de *La sociedad espectáculo* de Guy Debord⁴. Lo llamativo de IRA es que

3. http://www.dosytresdorm.org/2&3DNUMERO1_WEB.pdf

4. Si bien existe una versión de 1995 de la *Editorial Naufragio* con traducción de Rodrigo Vicuña Navarro, esta no logra la repercusión en el medio antagonista, producto de las condiciones epocales que envuelven a esta edición. Es bueno reconocer su existencia, pero dudamos que se haya tenido algún tipo

abrieron la discusión teórica a espectros que el radicalismo en este territorio no tenía acceso con anterioridad y del cual eran plenamente conscientes:

IRA se planteó desde un principio constituir un espacio de discusión y revisión de textos y experiencias de una izquierda radical que historiográficamente ha quedado oculta bajo las banderas y discursos espectaculares de una izquierda tradicional más o menos ortodoxa, más o menos estructuralista, generalmente cómplice de la tradición stalinista, y frente a la cual se nos plantea como única posibilidad de alternativa la capitulación postmoderna. Por lo tanto, quisimos abrir una posibilidad de construcción y deconstrucción de una alternativa que se plasmara a través de una teoría y una acción radical revolucionaria⁵.

Desde la acción llevada a cabo por IRA se constata un cambio en las perspectivas del radicalismo: aparece tímidamente el comunismo y se empieza a disputar ese espacio político-simbólico, dejando al descubierto la tradición socialdemócrata que lo ha cooptado y abriendo la posibilidad de que el comunismo mismo dejase de ser asociado con el bolcheviquismo y sus partidos stalinistas. Algunos anarquistas se abren a Marx por la vía de los situacionistas e incorporan parte del aparato conceptual a sus propuestas. También en la misma época surge el Instituto de Estudios Anarquistas (IEA), quienes también tenían conciencia del cambio en los tiempos y de la necesidad de una actualización teórica:

Queremos colaborar en la actualización del Anarquismo; apoyándonos en las distintas formas del conocimiento (en particular de las Ciencias Humanas) y en la praxis de los movimientos sociales. Deseamos contribuir a despejar al ideario anarquista de las distorsiones y tergiversaciones de que ha sido objeto.

Aspiramos a convertirnos en un polo de atracción y convergencia para investigaciones, reflexiones, análisis e información vinculada al ideario anarquista. A través de un proceso de sistematización, deseamos provocar conocimiento y elaborar teoría crítica radical en el contexto de la ideología anarquista. Nos proponemos llegar a ser un referente, un nodo “académico”, que ayude a configurar redes de personas, grupos y orgánicas con sensibilidad libertaria o comprometidas con el desarrollo alternativo y los nuevos paradigmas emancipadores⁶.

Podemos pensar que la toma de conciencia del “atraso teórico” tanto de IRA como de IEA es una de las partes fundamentales de la transformación del carácter de la crítica radical durante los primeros años del 2000: la necesi-

de incidencia “real” sino a lo sumo una lateral.

5. *Izquierda Radical Autónoma. “Editorial”, Antagonismo #0, Santiago, diciembre de 2002.*

6. https://users.resist.ca/~crisxyz/iea/que_es_iea.php

dad de encontrar referentes en distintos puntos del globo para fortalecer los propios proyectos, desmarcándose de ciertas prácticas militantes que venían operando desde los años noventa del siglo pasado y, sobre todo, de romper y continuar con las propias tradiciones teóricas y prácticas. A la luz del tiempo, la autodisolución tanto de IEA como de IRA durante el año 2006 se adelantan y coinciden con las movilizaciones estudiantiles de ese año, conocida popularmente como *La revolución pingüina*. En cierta medida, se puede pensar que esta coincidencia no es fortuita sino que se enmarca en una maduración de los heterogéneos movimientos antagonistas, los que si bien han generado un cambio en lo cualitativo, aún no poseen fuerza suficiente en lo cuantitativo. Si bien estas son las posiciones que consideramos más relevantes en torno al devenir de la crítica radical, existen muchas tendencias más que tendrán incidencia en etapas posteriores, pero que por el momento no resultan esenciales de caracterizar.

El año 2006 marca un importante hito dentro de las movilizaciones estudiantiles y en lo que se refiere a la movilización social en general. Lo que parecía ser una simple demanda por la tarifa estudiantil, fue escalando en magnitud, en la cual se pasa de esa demanda puntual a converger en un petitorio en el mes de mayo con los siguientes puntos:

- Derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, que consagraba el derecho de los empresarios a la “libertad educacional”, gestando una educación para ricos pagada y una educación para pobres precarizada, además del uso de fondos estatales para sociedades educacionales privadas, en el caso de los colegios subvencionados.
- Derogación del decreto 524, publicado el 11 de mayo de 1990, que regula los Centros de Alumnos, que permitía a los directivos disolver la organización estudiantil.
- Fin de la municipalización de la enseñanza.
- Estudio y reformulación de la Jornada Escolar Completa, JEC.
- Gratuidad de la Prueba de Selección Universitaria, PSU.
- Pase escolar gratuito y unificado.
- Tarifa escolar gratuita en el transporte escolar para la Educación Media.

La movilización estudiantil de 2006 corresponde al primer alzamiento de masiva participación y manifestaciones desde el fin del régimen militar, protagonizadas por los estudiantes secundarios, que se posicionaba a favor del derecho a la educación, en respuesta a la privatización del sistema de educación chileno impuesta por la Dictadura en los años ochenta. Lo que se puede constatar de este hecho es que el crecimiento sostenido de los movimientos secundarios en menos de una década tiene dos puntos que nos parecen importantes de señalar. Primero, lo correspondiente a sus formas organizativas: asambleas, colectivos, etc. Segundo, su permeabilidad política.

La contradicción surgida entre ambos aspectos es lo que vuelve característico al movimiento secundario desde esta época: la carencia de discusiones teórico-ideológicas con proyecciones históricas se ve sustituida por un accionar práctico que se mira con buenos o malos ojos: tomas de colegios, mitines, concentraciones masivas, marchas por los centros de distintas ciudades. En cierta medida, se va gestando una manera de actuar en la arena política que se mide por la magnitud de las acciones, no por su contenido, porque este último apunta a las reformas de un sistema educacional que segrega por distintas vías, pero que en ningún caso apuesta por la transformación del presente. El lenguaje ha sido cifrado por su forma pero no por su significado y, menos aún, por su significación.

La instalación en el imaginario social de la *educación gratuita y de calidad* será el santo y seña que movilizará a un sector no menor de la población, pero en el sentido de que una educación gratuita y de calidad lograría movilizar social y económicamente a los grupos marginados por la estructuración del capitalismo neoliberal. Es decir: queremos que las cosas cambien a nuestro favor pero no vamos a transformar la estructura que lo hace posible. Una mejor educación significaría, en este contexto y enfoque, un ascenso social en base a la capacidad de consumo exponencialmente transformada, gestionada a partir de una mejor remuneración producto de la adquisición de trabajos mejor calificados, aumentando así la “*calidad de vida*”. El movimiento por la educación tiene este límite.

Sin embargo, la acumulación y maduración del proceso llevado a cabo por el movimiento secundario deja de ser esporádico desde este punto y se transforma en la forma más visible del movimiento y la agitación social. Durante los meses de abril y mayo de 2006 se contabilizan más de 400 establecimientos de educación escolar paralizados de alguna manera. Las movilizaciones habían comenzado con una temprana y coordinada acción de más de 100 colegios que se encontraban en movilización el día viernes 26 de mayo, que dio lugar al paro nacional de estudiantes convocado para el martes 30, el cual habría contado con una adhesión de más de 600.000 escolares, convirtiéndose hasta ese momento en la mayor protesta de estudiantes en la historia de Chile. Durante los meses en que las movilizaciones tuvieron lugar, los dirigentes estudiantiles aparecen continuamente en portadas de diarios, matinales de televisión, programas de conversación política e, inclusive, en algunos de farándula que se centran en sus perfiles personales, sus relaciones amorosas y demases. Es una fórmula comunicacional bastante precisa y efectiva, porque tiende a la personalización del movimiento en unas cuantas personas y banaliza toda demanda concreta, así como toda práctica resultante entra en colisión con las demandas mismas.

Este inicio de movilizaciones estudiantiles tendrá su cúspide cinco años después en el 2011, y un crecimiento tanto de la magnitud como de los alcances del movimiento. Ya no serán solamente los secundarios los movili-

zados, sino que también entran en escena los universitarios. Igualmente hay que recordar que el movimiento secundario se va *balcanizando* y surgen otras organizaciones, con intereses distintos pero con la misma praxis.

El 2011 los sectores universitarios tienden a ser más conservadores en sus acciones y los secundarios más radicalizados, principalmente en lo que se refiere a prácticas que involucran la violencia como método. En el mundo de la universidad surgen colectivos gráficos que intentan plasmar una visión más de “cambio social”, mientras que los secundarios tienden a estar enquistados en los problemas propios del sector y que se traducen en tomas prolongadas de establecimientos educacionales, debido a que su problemática sectorial ha experimentado muy pocos cambios desde el 2006, por no decir que siguen casi exactamente igual. Sus “demandas” no han sido escuchadas o, peor aún, han sido subsumidas por las de los universitarios.

A lo largo de cuatro meses se instaura el sentido de que la movilización va determinada por el despliegue de la manifestación, por el lado cuantificable de la misma. “*La marcha más grande de la historia*” termina por ser la *ratio* que determina la eficacia y el despliegue social del movimiento mismo: “*mientras más somos, más legítima es la demanda por la que estamos acá*” pareciera ser el contenido material de todo el movimiento. Esto deriva en una constante *monumentalización de la manifestación*, la que tiende a perpetuar invertidamente en la retina la nula efectividad de la movilización social en pos de su magnitud. El discurso pseudodemocrático de la masa actúa pensando en la legitimidad de sus intereses a partir de la cantidad de personas involucradas en la movilización, en un acto sacrificial de su propia construcción conflictuada y contradictoria en cuanto movimiento. La marcha-monumento aspira a perpetuarse y tener un lugar de jerarquía en la memoria social e histórica, hecho que desprende una buena cantidad de libros analíticos o forjadores de memoria colectiva a partir de registros fotográfico. Los movimientos sociales y revueltas tienen que superarse constantemente a sí mismos respecto de un nivel imaginario de lo cuantificable, lo que provoca que terminen sobreexplotando sus recuerdos al instalarlos como recurso para justificar en el presente el fracaso objetivo del movimiento en el pasado.

La jornada del 4 de agosto de 2011 es la señal más clara de lo que estamos planteando. Si bien ese día es de una violencia inusitada para el contexto, se tiende a evaluar sus alcances a partir de su magnitud. Pero vamos por partes.

Como indica el diario digital *El Mostrador*:

Los estudiantes movilizados decidieron convocar a dos manifestaciones para el 4 de agosto. Una a las 10:00 de la mañana, llamada por los secundarios, principalmente la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES), y otra a las 18:30 hrs., convocada por el Colegio de Profesores y la Confech. En ese entonces la relación entre los secundarios y

universitarios no era muy fluida. La entonces dirigente del Cordón Ñuñoa y posterior vocera de la Aces, Eloísa González, recuerda que la Confech “era súper conflictiva, fría y distante con los secundarios, sobre todo con la ACES”.

Según la dirigente, la Confech había marginado a los estudiantes secundarios de las mesas de diálogo con el Gobierno. Esto, sumado a algunas voces del mundo universitario, que planteaban la necesidad de “negociar una salida política para el conflicto estudiantil con el Gobierno”, hacían que la relación se mantuviera distante. Giorgio Jackson reconoce que con los secundarios “no éramos tan cercanos”, pero dice que esto no significaba “animadversión necesariamente”. Según el actual diputado, la convocatoria a dos marchas “fue una descoordinación por parte del movimiento estudiantil. El Gobierno estaba apostando por el desgaste y no quería marcha y encontró la excusa perfecta”⁷.

Aquí ya se puede ir entreviendo más o menos lo que planteamos: hay dos caracteres de la movilización social que se intersectan pero que no logran conjugarse debido a la naturaleza de sus “demandas”. Por un lado el sector secundario “más arrojado” y por otro el universitario “más conservador”, pero solamente en cuanto a sus medios porque su *naturaleza* proviene de la misma raíz: la demanda igualitaria de que el Estado debe ser garante de las oportunidades de ascenso social mediante la educación. Las diferencias son de forma, de método, pero no de contenido.

Pero volviendo al 04 de agosto, todo se había configurado el día antes con la declaración del por entonces ministro del interior Rodrigo Hinzpeter, cuando sentenció que no habrían más marchas por la Alameda de Santiago, posición tomada en conjunto con la intendenta de la región Metropolitana, Cecilia Pérez. Ante esta prohibición, existían llamados por parte de los secundarios y universitarios a manifestarse de igual manera, sin permiso, durante el miércoles por la mañana y por la tarde. El día comenzó con barricadas en distintos puntos de la capital: Vicuña Mackenna con Irrarázaval, Buenos Aires con Recoleta, San Pablo con La Estrella, Independencia con Carrión y Santa Rosa con Mirador entre otros. A eso de las diez de la mañana comienzan los primeros tira y afloja con la policía, quienes en un despliegue por aquel entonces inédito en Santiago habían distribuido cerca de mil efectivos en la zona céntrica de la ciudad, además de enjear la por entonces Plaza Italia. El partido del orden abogaba por la seguridad, lo que a los ojos de los estudiantes resultaba en una represión desconocida. La manifestación convocada por los secundarios es reprimida como otras tantas veces, incluso tomando detenidos a escolares apenas bajan de una micro en las calles perimetrales de Plaza Italia. La Coordinadora

7. <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2016/08/04/4-de-agosto-de-2011-el-dia-d-del-movimiento-estudiantil/>

Nacional de Estudiantes Secundarios (CONES) llama a abandonar el sector por la violencia policial. En Valparaíso habían llegado a un acuerdo con la Intendencia para desarrollar la procesión, pero cerca del Congreso habían estallado, irremediablemente, los enfrentamientos que duraron toda la tarde.

A medio día eran numerosos los detenidos y las correrías constantes por Avenida Providencia, sin contar con el nivel de violencia de uno y otro lado, pero la policía es la que lleva las de ganar en estos conatos. Sin embargo, todo mundo está pendiente de lo que pueda pasar por la tarde, pues el mundo universitario junto con el Colegio de Profesores han convocado para una marcha a las 18:30 hrs., cuando en Santiago en esa época del año ya es de noche. Camila Vallejos, por entonces presidenta de la FECH, confirma el llamado a manifestarse a esa hora en Plaza Italia y a media tarde da las siguientes declaraciones:

El gobierno no da el ancho, las respuestas del gobierno son de carácter ideológico. Responden en las calles coartando las libertades constitucionales. Hoy la gente salió a manifestarse y no se les permitió reunirse. Están violando derechos constitucionales. Parece un estado de sitio. El gobierno ha tratado de separarse de nuestro pasado oscuro, pero lo que ha pasado hoy se parece a eso. Esta nueva forma de gobernar parece una forma dictatorial, que se repite. El gobierno se ha equivocado en el proceder. No puede ser que hoy se profundice en la educación y en la crisis institucional. Los ciudadanos se están dando cuenta que no existe real democracia⁸.

La CONFECH desarrollaba una sesión extraordinaria en la sede de Santiago de la Universidad de Valparaíso. Según indica la prensa este era el tenor del acto:

Muchas voces se alzaron en pos de contener el conflicto y bajar la movilización de la tarde, “no habíamos visto la represión que vino después en contra de los secundarios”, agrega Jackson. Según el entonces Secretario General de la FEUC, Sebastián Vielmas, “había una gran desorientación y presión. Estábamos tomando el rol de instituciones que no funcionaban, desde el movimiento salían diagnósticos y propuestas de políticas públicas”. A esto, se le sumaba la sensación de una ciudad sitiada, “los secundarios solos y tú no estabas ahí”, señala⁹.

Mientras se quebraba la CONFECH, la represión seguía en el centro de Santiago. Andrés Chadwick, el vocero de gobierno, respaldaba enérgico el actuar de Carabineros. El Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH), junto a otras organizaciones, sacaba una declaración en que manifestaba su preocupación por el actuar de Carabineros en contra de niñas, niños y ado-

8. <https://www.eldinamo.cl/pais/2011/08/04/minuto-a-minuto-en-tensa-jornada-de-movilizaciones/>

9. <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2016/08/04/4-de-agosto-de-2011-el-dia-d-del-movimiento-estudiantil/>

lescentes. La represión contra los secundarios mueve a los universitarios a desplazarse hacia el centro, que lucía el rostro de los choques con la policía y cuyo comercio estaba prácticamente cerrado y sin transporte público. Hay rumores de muertos.

Cuando la noche cae los enfrentamientos con la policía se recrudecen. Cientos de bombas lacrimógenas repletan el aire del centro de Santiago. Un helicóptero policial circula a baja altura y alumbra con el foco a las calles, que a esa hora empiezan a ver las primeras barricadas que se repiten por muchas esquinas. A las 21 hrs. comienza el tintineo de las ollas y sartenes golpeadas con instrumentos de cocina: el cacerolazo, como se le conoce acá. En este punto, la manifestación es transversal a la sociedad. La policía se ve desbordada: el malestar en los pequeños departamentos de los edificios del centro de Santiago o de una casa en la periferia de Pudahuel o Puente Alto es algo que se va acumulando día a día, hasta que finalmente se manifiesta.

Este punto nos resulta importante: el malestar social que se vive cotidianamente en algún momento explota de manera incontenida. Aquí no hay dirigencia que pueda contener ese desborde, y los testimonios encontrados en la prensa de la época son testigo de la impotencia de las dirigencias políticas: sabían que al día siguiente deberían dar explicaciones a la opinión pública por los hechos de la noche anterior. Probablemente ellas hayan sido las únicas preocupadas por ese asunto: la fiesta cuando se desata se transforma en una inversión de mundo, en su negación aunque sea momentánea, fugaz. Cuando las personas se encuentran en la fiesta, en cierta medida se suspende el orden social para avizorar las posibilidades de un nuevo presente y un posible futuro. El problema es que esa fiesta duró solamente esa noche y los sectores “revolucionarios” no supieron cómo prolongarla, aunque quedó esa sensación de que algo más podía ocurrir. No se trata, desde nuestra postura, de analizar la jornada del 4 de agosto de 2011 a partir de la violencia desatada, sino de, precisamente, rescatar el sentido de esa violencia simbólica y material que excede, necesariamente, el encuentro-choque con la policía que en ningún punto puede ser minimizado pero tampoco hiperbolizado: la violencia es básicamente dialéctica. Hay algo allí que es difícil de caracterizar, pero su contenido latente se sobrepone al manifiesto y eso es lo que merece la pena tener en cuenta: los contenidos cualitativos de una revuelta informe que no tiene muchos objetivos pero que sí posee uno que es central y que es modelar su propio accionar. Eso es algo que con el tiempo se perderá pero que resurge en intervalos de tiempo bastante regulares, porque sus causas van moldeando lo cotidiano.

Desde ese día en más el movimiento estudiantil, ya sea secundario o universitario, como fue incapaz de prolongar una revuelta de características insurreccionales, ha caído una y otra vez en sus propios preceptos burocráticos de características progresistas: el fin al lucro, la educación gratuita y de calidad, el cambio de modelo de desarrollo, el fortalecimiento del Estado y

cuanto más se pueda enumerar. Como buenos herederos del movimiento obrero clásico, o incluso configurado a su imagen y semejanza, los movimientos estudiantiles han llegado todas las veces que han aparecido a su propio límite que, a estas alturas del partido, guarda características ontológicas: la demanda por un Estado que garantice su propia y buena existencia, incluso cuando actúan con más violencia o lisa y llanamente por fuera de la ley. En esto último también son herederos de la ultra izquierda y sus rituales conmemorativos encarnados en el centelleo de las bombas molotovs: las salidas en los colegios con enfrentamientos directos con la policía no son otra cosa que la instauración de un orden preparatorio para el enfrentamiento en la universidad, donde lo que se realiza es su propia *prueba de selección universitaria callejera*. Aquí lo que prepondera es la forma, el método, porque el contenido es invariable, al igual que ciertos “programas”: transformar al Estado en garante constitucional de los “derechos básicos” de manera transversal.

El “gran logro” del movimiento estudiantil durante casi veinte años de presencia articulada principalmente en las calles ha sido generar referentes políticos nuevos —el Frente Amplio— y posicionar a unas cuantas diputadas y diputados en el Congreso. Y un senador, que no se nos olvide. La administración del malestar desarrolla su programa invariable tanto en el Parlamento como en la calle. Y esto necesariamente nos lleva a evocar los tiempos de la Unidad Popular y su aura cuasi-mística, pues hacen el mismo recorrido.

III. ENTRE DOS FANTASMAS: LA UP Y LA DICTADURA COMO MITOLOGÍAS DEL PRESENTE

«Traigo un invitado de piedra que es el movimiento obrero chileno. Y digo esto porque hasta el día de hoy, lo único que se sabe o se conoce de la lucha de clases en Chile, es la basura que ha esparcido la UP, es decir, la coalición de gobierno PC-PS y otros partidos socialdemócratas, en donde el mensaje que han entregado de la lucha de clases en Chile es la siguiente:

“En Chile existían obreros muy cultos, muy legalistas, que cada cuatro-seis años iban al congreso o a las elecciones presidenciales a elegir un nuevo gobierno y chao. Eso es todo lo que ellos hacían. Y que de repente apareció el lobo feroz del fascismo y se comió a todos los obreros, y ahí está Chile. Y entonces solidaridad. Solidaridad con todos aquellos gobiernos, que como el chileno, se quieren imponer en Italia, en España y en Francia a través del Eurocomunismo y otras coaliciones de este estilo”».

Militante chileno en Jornadas Libertarias Internacionales de Barcelona del año 1977¹⁰.

Todos somos habitados por fantasmas, por presencias espectrales que a veces se manifiestan pero que por lo general se mantienen rondándonos, acechándonos, haciéndonos opacos a nosotros mismos. A veces, cuando logramos verlos, notamos que suelen reunirse en torno a ciertos lugares, los que, si nos atrevemos a acercarnos, no tardarán en confundirlos y confundirnos hasta el punto de hacerlos inubicables. Sin embargo, si persistimos en nuestro empeño, podremos tal vez llegar alguna vez a uno de esos lugares. Entonces descubriremos que el lugar que los fantasmas ocultaban era una cripta, en la cual, si tenemos el valor para descender a ella, encontraremos un cadáver, la víctima de un crimen inconfesado. Los fantasmas volverán, pero ya no para ocultarnos el lugar, sino que para contarnos su historia, el

10. Intervención en el debate sobre “Movimiento Libertario y Organización” en el Salón Diana de Barcelona, en el marco “Jornadas Libertarias Internacionales” acontecidas del 22 al 25 de julio de 1977 y organizadas por la CNT/AIT con la colaboración de la Asociación de Trabajadores del Espectáculo (ADTE) y de la revista Ajoblanco.

papel que tuvo cada uno de ellos en el crimen. Roto el pacto de silencio, los fantasmas podrán por fin descansar, y podrán convertirse para nosotros en ancestros, en fuerzas de una tradición que nutren y enriquecen nuestra experiencia del presente.

Los fantasmas que rondan la sociedad chilena son los de la Unidad Popular y su contraparte, la Dictadura. Desde los años noventa esta dicotomía simbólica se traduce de la siguiente manera: si se está a favor de la Unidad Popular se es comunista; si se está a favor de la Dictadura cívico-militar se es anticomunista. El carácter de adscripción a una u otra etapa histórica con una marcada tendencia ideológica “dominante” termina por encubrir las continuidades y discontinuidades entre uno y otro proceso. La base de estas lecturas tiende a la represión de las contradicciones realmente existentes en ambos “tiempos” o “mundos”, instalando una visión reduccionista de lo que efectivamente pudo haber sucedido.

Si tanto la época de la Unidad Popular como la de la Dictadura cívico-militar tienen sentido en los límites de la historia, este tenemos que buscarlo en una clave no ideologizada que la permita encauzar dentro de un continuo: la modernización capitalista. Esta no es nueva y encuentra el principio de su nuevo ciclo cerca de la década de 1920, puesto que en aquellos años se instala la idea del desarrollo nacional como una manera de hacer frente a la crisis económica de 1929.

La Unidad Popular es la consecuencia lógica de casi medio siglo de modernización capitalista comprendida como masificación y extensión tanto del aparato estatal como de la estructura y *ratio* productiva. Este proceso encuentra sus puntos de orígenes en la crisis del Centenario, la que encuentra una salida institucional a través de la Constitución de 1925 pero a la cual le cae inesperadamente la crisis económica de 1929. La respuesta, como en buena parte de los países latinoamericanos, fue la adopción de una estrategia de desarrollo económico para tener una mejor participación en la división internacional del trabajo: la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). En efecto, el Estado interviene directamente en el proceso de reproducción del capital social constante —inversiones directas en medios de producción, política de sostén al sector privado, protección aduanera para la industria nacional, creación de una industria semipesada, desarrollo de la infraestructura de medios de transporte, etc.— y del capital social variable —creación y desarrollo de los servicios públicos: salud, educación, legislación social, etc.— en un período de industrialización acelerada pero limitada para la sustitución de las importaciones y lograr así el desarrollo nacional.

El corto siglo XX en Chile puede ser leído como el período de vigencia del desarrollismo nacional, en el cual el Estado se transforma en un Estado empresario, aportando su granito de arena a la modernización capitalista mediante la fundación y gestión de distintas empresas en las que la vida nacional se jugaba su resolución: ENAP, CORFO, Chilefilms, Endesa,

Ferrocarriles... Si extremamos la lectura, la configuración estatal durante el ciclo nacional-desarrollista se realiza en la perspectiva de una transformación no solamente de la estructura, sino de un cambio en la configuración del Estado que, en último término, entra en una disputa directa con la organización oligárquica de la sociedad en su conjunto proveniente del siglo XIX, en tanto entorpece el proceso de modernización. Insistimos: la modernización capitalista es el motor de la historia chilena en el siglo XX, incluida la UP y la Dictadura.

Si durante el siglo XIX el Estado era efectivamente la forma política en que la oligarquía lograba organizar la nación a su antojo, con diferencias internas claras en los enfoques y en las perspectivas hacia las que se proyectaba, en el siglo XX el Estado se transforma en el espacio de organización política en el que la nación pudo administrar la vida social. Eso significó el quiebre de la nación misma porque se cae en la cuenta de que ella era solamente lo que el Estado era capaz de gobernar administrándole una identidad nacional, la que se correspondía con lo que la oligarquía esperaba de ella al tiempo que la desplazaba hacia abajo, la subordinaba.

La aparición de partidos políticos que intentaban llegar a los subalternos, prometiéndoles la capacidad de agencia sobre el Estado, se va corriendo cada vez más a la izquierda. No se trata solamente de diferencias a nivel ideológico, de un sesgo más o un sesgo menos determinante, sino que tiene más bien relación con la forma en que se agencia su participación en el Estado. Al multiplicarse los partidos que se disputan la representación del subalterno —alguien dirá clase, alguien dirá pueblo— lo que se manifiesta es la dispersión de un horizonte histórico que no tiene posibilidad de ser reclamado por nadie porque no existen coordenadas claras de hacia dónde apuntar. Las siglas en las que se distribuye el panorama político es un indicio de cómo funciona esta dispersión ideológica, pero que finalmente recalcan en el mismo puerto: la conquista del poder político en el aparato estatal.

La ideología del Estado es la del interés general. Este se presenta, por una parte, como interés común, como conjunto de intereses de las personas que componen la nación, inmanente a los intereses particulares y, por otra, como interés público de la comunidad política como tal, representada por sus órganos dirigentes. En tal sentido trasciende los intereses particulares. Este interés general se presenta como interés de la nación. El Estado realiza este interés arbitrando los intereses particulares. Es a partir del interés público como principio de orden y unidad que se organizan las representaciones dominantes de tal manera que los intereses particulares no tienen valor como tales sino que son percibidos en relación y por oposición al interés público.

Todo funciona como si los gobernantes, los gobernados y los funcionarios del Estado compartieran la misma representación del interés general. Mientras los primeros fijan el contenido político del interés general, por su palabra legitimada por provenir de la elección popular, los segundos perci-

ben el interés general como finalidad del Estado y los terceros representan el interés general como el fundamento que justifica su función. El poder del Estado aparece así como legítimo en la medida en que se ejerce el interés de todos. Los gobernados consienten ese poder en la medida en que ese Estado actúa en el interés de todos. En función de dicha ideología del Estado, se expresan los intereses sociales en la forma de una universalización del discurso, a través de una comunicación racional entre agentes racionales.

El Estado intervencionista va a adoptar la forma de “Estado de compromiso”, por lo menos a partir del Frente Popular, entre sectores ligados al proceso de industrialización, en detrimento de los sectores ligados al agro, en particular de los campesinos pobres. En el imaginario de la derecha, este “Estado de compromiso” es confundido con una especie de democracia consensual que habría existido en el país hasta antes de 1973. Al romperse los consensos, se habría precipitado la crisis de la democracia, como resultado inevitable del desarrollo de la democracia misma.

Si pensamos que buena parte del siglo XX chileno se experimentó por parte de la izquierda como un ejercicio creciente en la capacidad de agencia en el Estado a través de la representación política —con toda la retórica que llevaba en su seno y que se materializa en esa idea pseudoromantizante del *hombre nuevo*—, es *conditio sine qua non* que el proceso de la UP haya sido principalmente un proceso de partidos, más grandes o más pequeños, porque eran la única forma de participación y de cumplimiento de esa universalidad. Ahí confluye la sociedad en su amplio espectro y se conforma a partir de ciertas ideas de base que se proyectan en el imaginario a partir de acentos y características particulares de cada uno de ellos.

A la vez, no es solamente un asunto de partidos. La modernización capitalista trae consigo distintas formas de visualizar el proceso de transformación de la estructura productiva al tiempo que se exige la concreción de esa universalidad. La Reforma Agraria que parte en el gobierno de Jorge Alessandri en 1962 con la promulgación de la ley N° 15.020 y que se profundiza con Frei Montalva y con Allende, es la manera en que el campesinado se proletariza al modernizar capitalistamente la estructura tradicional del latifundio: se les libera de su obligación patronal con la tierra para vender libremente su fuerza de trabajo en el mercado. La nacionalización del cobre con Frei Montalva y la chilenización con Allende son las maneras en que el Estado empresario formado en tiempos de Ibáñez viene a incorporar de mejor manera la participación de Chile en el sistema-mundo moderno y que refuerza la división internacional del trabajo. La incorporación de artistas a la militancia política, ya sea durante el Frente de Acción Popular (FRAP) o durante la UP, significa la incorporación de una política cultural que dinamiza la formación de subjetividades a partir del imaginario: cómo olvidar el *Canto al programa* de Inti Illimani, *El pueblo unido* de Quilapayún, la gráfica de los hermanos Larrea, la visión cargada de lo “popular” sobre Violeta Parra o los

libros editados por Quimantú. Los arquitectos se transforman en urbanistas generando grandes complejos habitacionales de características modernas para la clase trabajadora mediante acciones de cooperación con sus usuarios finales, respondiendo a sus necesidades materiales de habitar la ciudad.

Sin embargo, no todo el proceso de modernización capitalista es compacto, sino que posee grietas. En lo que respecta al movimiento obrero, durante la década de los sesenta hubo cinco huelgas generales, y una infinidad de huelgas sectoriales y menores, en donde se empieza a expresar dentro de los sindicatos el surgimiento de sectores autónomos. Ello se traduce en que muchas de estas huelgas son ilegales, es decir, huelgas salvajes que no están controladas por la burocracia sindical, que obedecen a nuevos sectores de la clase obrera que son creados por un crecimiento relativo del capitalismo en Chile, a través de la inversión extranjera fomentada por la Democracia Cristiana como forma de frenar al marxismo-leninismo —comunismo le decían— en el marco de la Alianza por el Progreso y de la Guerra Fría.

La Democracia Cristiana en el gobierno allanó el camino desde el punto de vista de la reforma al ciclo de la UP al fortalecer el Estado empresario mediante un crecimiento relativo de la economía chilena. Ello no se produjo sin contradicciones: la débil y dependiente industria chilena se enfrenta al proceso de liberalización económica realizado desde el gobierno de Alessandri, que se traduce en la pauperización de grandes segmentos de pobladores y trabajadores. La UP vendría a responder desde la izquierda a las contradicciones del proceso de modernización capitalista pero sin renunciar a ella: el modelo de desarrollo se profundiza pero con la participación de nuevos agentes.

El 17 de septiembre de 1969, la Unidad Popular aprobó el programa de gobierno que se aplicaría en el caso de que Salvador Allende fuera elegido presidente de Chile el 4 de septiembre de 1970. Estas medidas podrían decirse que surgen al alero del “reflujo” del movimiento de la década anterior, junto con la modernización capitalista que también se venía dando de los gobiernos anteriores. Estas medidas también integran las demandas en boga que tenía la “sociedad civil” de aquel entonces.

Hasta el año 1971, el proceso de producción capitalista de la burguesía chilena funciona relativamente bien. La pequeña burguesía de la UP, en alianza con la Democracia Cristiana, lleva adelante un proceso de reformas capitalistas, que contemplaban 253 nacionalizaciones. Nacionalizaciones que, por otro lado, fueron discutidas en el seno de los sindicatos durante las huelgas que ocurrieron en la década de los ‘60. Los pactos entre la pequeña burguesía de la UP y la Democracia Cristiana significaron mantener las parcelas de la economía capitalista en tres áreas: la estatal, la mixta y la privada. Pero el movimiento obrero por su parte tiene más de trescientas industrias por ocupación directa controladas en sus manos para fines de dicho año.

Para el año '72 se hace evidente para todos que el gobierno de la UP, con su control burocrático a través de los partidos, tanto del Partido Comunista como del Partido Socialista, y a través de la Central Única de Trabajadores, ya no controla nada. La clase obrera día a día profundiza su lucha por la dirección, la autogestión de las industrias. Se dan cuenta de que en las industrias lo que hay entonces son los mismos gerentes que había puesto la DC pero que ahora utilizaban un lenguaje más socialista. Se dan cuenta de que los comités de participación se componían de seis representantes del gobierno y cinco del sindicato, cuestión que hacía por supuesto que jamás se aplicara la política de la clase, en cuanto al proceso productivo, distributivo, etc. Al darse cuenta de todo ello, comienzan a luchar por aquello que ellos creen que es el “poder popular”, y que la mayoría piensa, de modo ingenuo, que es lo mismo que el gobierno de la UP entiende por “poder popular”.

En octubre del 72, cuando la burguesía se da cuenta de que el gobierno ya no es dueño del movimiento obrero, se lanza decididamente a la sedición, a tratar de dar el golpe. La burguesía organiza una huelga, mientras el gobierno busca la conciliación con la DC para detenerla. Una vez iniciada ésta, y para contrarrestar el desabastecimiento, surgen espontáneamente, desde las fábricas, los Cordones Industriales, pasando por encima de la CUT, controlada por el PC y el PS. Los trabajadores se toman las fábricas, a pesar que la burguesía les ofrece el doble de paga sin trabajar. No logran además resolver, siquiera parcialmente, el problema del transporte. De este modo, los Cordones Industriales logran controlar durante un mes la producción y la distribución en Chile.

Una vez terminado el paro patronal, los partidos de la coalición de la UP acceden a reconocer los Cordones, pero a condición de que se integren a la CUT. Según ellos, la organización surgida de los Cordones Industriales era una suerte de paralelismo sindical. Sin ser conscientes de aquella victoria, la vida cotidiana de la gente siguió su curso relativamente normal en este nuevo escenario: la autoproducción de los Cordones Industriales, una que otra escaramuza entre partidarios de derecha contra partidarios de izquierda, y así hasta el posterior Tancazo, antesala del golpe de septiembre.

El siglo XX, en Chile y en el resto del mundo, está marcado por una serie de avances y retrocesos en la conformación de fuerzas revolucionarias. Sin embargo, el arco histórico del desarrollo y fracaso de la UP significó, no solo el retroceso sino que el aniquilamiento de las posiciones más radicales y conscientes de la clase, que se había autoconvocado a la supresión y superación del modo de producción capitalista a través de un proceso de casi cien años. Una derrota llevada a cabo tanto por los sectores reformistas, por el ejército-empresariado nacional e internacional, como por la confianza muchas veces inexplicable en el gobierno de Allende y sus capacidades de conducción de un proceso contradictorio por donde se lo mire:

Allende fue derrocado no a causa de sus reformas, sino porque fue incapaz de controlar el movimiento revolucionario que se desarrolló espontáneamente en la base de la UP. La Junta que se instaló en su posición claramente percibía la amenaza de la revolución y se dedicó a eliminarla con todos los medios que tenía a su disposición. No fue un accidente que la resistencia más fuerte a la dictadura ocurriese en las áreas donde el poder de los trabajadores había llegado más lejos. En la planta textil Sumar en Concepción, por ejemplo, la Junta estuvo forzada a liquidar este poder por medio de bombardeos aéreos. Como resultado de las políticas de Allende, los militares podían tener el camino libre para terminar lo que empezó bajo el gobierno UP: Allende fue tan responsable como Pinochet por los asesinatos en masa de obreros y campesinos en Santiago, Valparaíso, Antofagasta y otras provincias. Quizás la ironía más reveladora de todas inherente a la caída de la UP es que mientras muchos de los partidarios de Allende no sobrevivieron el golpe, muchas de sus reformas sí lo hicieron. Tan poco sentido quedaba a las categorías políticas, que el nuevo ministro de relaciones exteriores se describió a sí mismo como “socialista”¹¹.

La derrota política y militar de la UP significa, en un sentido profundo, la “desaparición de la clase” en cuanto forma política tradicional. El surgimiento durante los ochenta de los “frentes de liberación nacional” de distinto signo y sus políticas de insurrección popular no tienen llegada masiva, quedando marginados como sueño romántico que no pudo apostar por la vía revolucionaria. En este sentido, toma relevancia el movimiento de masas mismo que en la coyuntura 1983-1986 lleva a cabo distintas jornadas de protesta contra la dictadura cívico-militar, generadas a partir de la crisis económica de 1982. La salida institucional mediante el Plebiscito de 1988 significó asumir un pacto pseudodemocrático al que los “frentes de liberación nacional” denunciaron tempranamente como continuadores de la Dictadura en la gestión del capitalismo a nivel nacional. Esta denuncia hemos de considerar-la su triunfo a la vez que su fracaso.

Tanto por la vía legal —Constitución de 1980 y leyes de amarre de 1989— como por la vía económica —instalación, desarrollo y profundización del neoliberalismo—, la sociedad chilena ingresa en su conjunto a una crisis total, tanto más atroz por el hecho de ser concientemente inducida y aceptada, llevada luego por la Concertación de Partidos por la Democracia y su administración a una relativa normalidad mediante sangre, fuego y silencio. Privatización de empresas estatales estratégicas así como de recursos específicos para concentrar toda la plusvalía en una porción menor de la población, son el corolario de una política económica de empobrecimiento tra-

11. *Pointblank!*. “Extraña derrota: la revolución chilena”. Octubre de 1973.

vestido en consumo que se convierte en la regla general de la vida social en estas tierras. Al mismo tiempo, siendo la Dictadura Militar el centro donde se adoptan las decisiones, puede dirigirse directamente a los diversos grupos socio-profesionales; esa estructura luego se mantiene, favoreciendo en los hechos un neo-corporativismo institucional y un neo-clientelismo vertical. De aquí también se desprenden las formas plebiscitarias de creación del pretendido “consenso” institucional.

Todo este conjunto de elementos ahonda aún más la disociación entre las esferas de la vida económica y de la vida política. Lo político pasa a ser dominio de los técnicos y de las “personalidades”. Ello se complementa con la restricción de las libertades esenciales, con la supresión de otras, con la desaparición de los derechos individuales, con la reorganización del aparato represivo de los órganos de inteligencia, de la justicia, etc. Todo ello mientras la burguesía se apropia de los temas libertarios enarbolados anteriormente por sectores de los trabajadores, desarrollando un discurso anti-estatal en contra del “Estado-patrón”, del “Estado intervencionista”. Mientras se habla de las libertades individuales, se legitima la ideología liberal-individualista más reaccionaria, lo que le permite a la vez legitimar el abandono que el Estado hace de las funciones sociales que las luchas obreras y populares le habían impuesto. Todo ello es acompañado de un discurso eficientista, pragmático e instrumentalista. Todo este estado de las cosas se combina perfectamente bien con la ideología de la Seguridad Nacional, con su afirmación de la idea de orden y autoridad. Es un retorno al Estado-gendarme del liberalismo decimonónico, pero bajo su forma terriblemente moderna de la Dictadura Militar.

Por otra parte, luego de la consolidación del nuevo Estado, en el aspecto judicial, las disposiciones originales de la Constitución del '80 hacían más fácil introducir cambios durante el período llamado de transición que durante el período de plena vigencia del cuerpo legal. Antes del término del mandato de Pinochet, la Constitución podía ser reformada cumpliendo dos procedimientos: el acuerdo de la Junta a una proposición de reforma proveniente del Ejecutivo y la ratificación plebiscitaria. Después se requerían dos quórums especiales en el Parlamento y en algunos casos la aprobación de dos legislaturas.

El plebiscito de 1989 constituyó la coronación del operativo transformista. Esa reforma, formalmente legitimada por la voluntad popular, consiguió dos cuestiones: a) eliminar ciertas condiciones leoninas que hubiesen podido generar con rapidez una crisis política, por la exasperación de la nueva élite dirigente ante la imposibilidad de gobernar debido a la oposición del Senado, dando motivos con ello para que se gestara un ánimo masivo de ilegitimidad y, b) disminuir el peso político de los senadores designados, al disminuir su proporción respecto a los electos.

Sin caer en polémicas gratuitas, podemos afirmar que dentro de todas las contradicciones, desarrollos y limitaciones del proceso abierto por las organizaciones de bases durante la Unidad Popular —Cordones Industriales, Comandos Comunales, JAPs, entre otras formas organizativas—, la salida de aquel *impasse* deviene en la posterior Dictadura y esta a su vez deviene en la democracia pactada en los términos explicados anteriormente. Sin embargo, a pesar del empeño de los distintos actores en sepultarlo, el *impasse* nunca termina de resolverse. Como mucho, se logra posponer, encargarle a la futura generación de políticos y burócratas la solución de algo que nunca serán capaces de resolver.



IV. ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA IZQUIERDA CHILENA: REVOLUCIONARIOS SIN REVOLUCIÓN

«Pero una vez decidida la guerra, claro es que ha de hacerse según los principios del arte. aunque es necesario convenir en que habrá una gran diferencia en la naturaleza de las operaciones que se emprendan, según las diversas vicisitudes que se puedan presentar».

Antoine-Henri Jomini, *«Compendio del arte de la guerra o nuevo cuadro analítico de las principales combinaciones de la estrategia, de la táctica sublime y de la política militar».*

«Hemos decidido rebelarnos frente a esta realidad de mierda, que sin duda nada tiene que ver con nosotros. Pasan los años, y una pregunta me da vuelta en la cabeza. ¿Será siempre así? ¿Es que no tenemos derecho a una vida digna y alegre? ¿Todos los días serán iguales?».

Movimiento Juvenil Lautaro, *«Manifiesto a la juventud y al pueblo de Chile, 1982».*

Si bien dentro de toda la mistificación realizada tanto por los mismos militantes y milicianos de aquellos años de dictadura como también por las nuevas generaciones de militantes izquierdistas, hay cierta verdad al afirmar que estas estructuras político-militares —FPMR, MIR, MJL— tenían simpatía y asidero dentro de la población y del movimiento de resistencia a la dictadura. Esto se debe básicamente a que tanto estas estructuras como la población tenían objetivos similares: el fin de la Dictadura. Muchas veces en la historia han ocurrido momentos similares, en los cuales las estructuras partidarias han tenido el privilegio de coincidir en objetivos con buena parte de la población, basta con ver por ejemplo la revolución de octubre del '17 o el '36 español. La pregunta por tanto no sería por qué coinciden en algunos momentos decisivos de la historia ambos objetivos, sino más bien la pregunta es ¿qué sucede en estas estructuras revolucionarias que se alejan de los objetivos de los movimientos sociales?

Marx dijo una vez que “*cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas*”. Independiente de los anhelos y convicciones de los revolucionarios de turno, los procesos revolucionarios van mucho más allá de la voluntad y subjetividad de los revolucionarios. Un paso del movimiento real. Un programa revolucionario. ¿Cuán diferentes pueden ser? ¿Cuál es el abismo entre uno y otro?

A estas alturas de la historia, es de perogrullo decir una vez más que tanto la realidad como los movimientos que se mueven por ella están repletos de contradicciones y límites dentro de sí mismos:

Es puro misticismo interpretar el curso del movimiento obrero como la obra de los “traidores”, como una historia de corrupción y desviación del camino correcto. Así como la socialdemocracia alemana derribó a los espartaquistas en 1918/1919, el estalinismo aplastó la revolución social de 1936/37 en España. En todos estos casos, se apoyaron en las masas de proletarios leales. El proletariado no tiene una esencia revolucionaria que simplemente fue impedida, repetidamente, por las maquinaciones reformistas que finalmente estallaron con toda su fuerza. Solo el movimiento de la abrumadora mayoría de la clase dependiente del salario puede revolucionar la sociedad. Pero solo los metafísicos emocionalmente necesitados, por lo tanto, apoteosizan al proletariado como “el sujeto revolucionario”. El proletariado es su lucha; y sus luchas hasta el día de hoy no lo han llevado más allá de la sociedad de clases, sino que la han profundizando¹².

Revolucionario no es aquel que de un día para otro decide tomar las armas e ir al monte a guarecerse; revolucionario no es tampoco aquel que tiene el discurso más violento entre sus pares. Podemos decir con algo de certeza que revolucionario sería aquel que es consciente del periodo que vive y de sus contradicciones. Sutileza que no muchos captan: ejemplos sobran.

¿Por qué fracasaron los intentos y salidas revolucionarias a la dictadura? A esta pregunta, antepoemos: ¿fueron acaso la Guerra Popular Prolongada, la Guerra Insurreccional de Masas, la Política de Rebelión Popular de Masas o la Guerra Patriótica Nacional, salidas revolucionarias? No importa si el sello está puesto con plomo o con *lápiz y papel*; tampoco si la llave la tiene el burócrata, el funcionario o el *movimiento*. En los lugares comunes de la liturgia de izquierdas, la encrucijada de la Revolución siempre es un asunto de forma, jamás de contenido.

La población nunca propuso una salida revolucionaria a la dictadura: siempre lo que se buscó fue la vuelta a la democracia, objetivo en el cual los aparatos político-militares anteriormente citados tenían una diferencia sustancial con los anhelos del movimiento contra la dictadura: concretar el

12. *Freundinnen und Freunde der klassenlosen Gesellschaft. “28 Thesen zur Klassengesellschaft”*. <https://www.kosmoprolet.org/de/28-thesen-zur-klassengesellschaft>

socialismo en tierras chilenas. La salida democrática propuesta por el plebiscito era la salida más satisfactoria y concreta a la población frente a las entelequias y abstracciones de su contraparte revolucionaria. Cosa que al parecer el FPMR, el MIR y el MJL no captaron. Frente a la nueva coyuntura ofrecida por el plebiscito de 1988, en algunos segmentos de las estructuras citadas surgió la pregunta: ¿cómo operar ahora? ¿Es viable seguir la vía armada en este nuevo contexto? Por otra parte, hubo otros segmentos que solo confirmaron su apuesta armada.

Cómo era de esperarse en el plebiscito de 1988 ganó el “No” y la democracia estaba a la vuelta de la esquina. Se quisiera o no, la nueva coyuntura cambió las reglas del juego, lo que trajo a su vez una descomposición y fragmentación en muchos de las estructuras político-militares y partidos de izquierda. En esta incertidumbre, algunos siguen con la apuesta armada y la vía insurreccional al socialismo:

El Pueblo chileno está más cerca de la revolución. Nosotros hemos alcanzado, en cuanto revolucionarios, tres logros que nos permiten mirar con mucho optimismo y con mucha fuerza los tiempos que vienen. Terminamos la década de los 80 constituyendo parte activa de una nueva realidad en la izquierda y el movimiento popular. En este tiempo ha surgido una nueva generación revolucionaria. En segundo lugar, esta izquierda revolucionaria termina el 89 con un importante grado de convocatoria, legitimidad y respeto en niveles significativos del movimiento de masas, para nada somos fuerzas marginales. Y en tercer lugar, terminamos la década de los 80 siendo parte activa de la evolución de la situación nacional, actores en la coyuntura. La subversión está en Chile, está instalada, opera y remece. Y todo el mundo, de diferentes formas y con diferentes motivos se refiere a la realidad subversiva. Existe, es un hecho, esto lo hemos logrado con dictadura, luchando contra ella¹³.

Si bien en parte tenían razón estos aparatos políticos-militares al denunciar que el plebiscito y la nueva democracia solo eran un cambio formal en la dominación capitalista, estos quedaron virtualmente solos en la lucha por el socialismo, ya que la maniobra del plebiscito trajo la desmovilización del grueso de la población anteriormente movilizada. En parte y solo formalmente el objetivo buscado fue realizado: el fin de la dictadura. Lo que antes eran momentos de sincronía entre partido-masa, ahora se presenta como un desfase cada vez mayor; se ha roto el vínculo. Y los partidos, algunos huérfanos y otros en un peligroso optimismo, siguieron su gesta como si nada hubiera ocurrido:

Seguiremos impulsando ofensivamente la toma de Chile, empujando más la revolución hasta hacer surgir el Chile Popular

13. *Movimiento Juvenil Lautaro. “Los hijos de Lautaro”, 2011.*

que es nuestro sueño de la victoria. No hay tregua, no hay espera. Todo es más y más ofensiva en la realización, efectiva y todita, de la esperanza popular que hoy recorre a millones. El esfuerzo táctico se concentra en impulsar la ofensiva de las ganas y las necesidades, instalando el poder del pueblo, con todo y para tomarnos todo. No hay cheque en blanco. Nos ofrecen solo migajas con el chantaje de una supuesta democracia, tan enlatada y cartucha que si se toca con ganas y necesidades de Pueblo, resulta que se rompe. No nos sirven estos productos en vitrina. Esto no es lo que nos merecemos y lo que podemos lograr. Pueblo tenemos, hay una frontera objetiva de más del 50% de la población que hoy día está en una situación de marginalidad permanente. Se habla de 5 millones de pobres, en una población de poco más de 12 millones de habitantes. Es aproximadamente el 50% de la población que está en una situación de marginalidad permanente, como resultado concreto de esta nueva forma de dominación capitalista. Dentro de estos cinco millones de pobres hay al menos una franja y nos quedamos chicos en los números de 500 mil sectores avanzados, que resultan de la historia del movimiento popular, de lo aprendido y hecho durante 16 años de dictadura y del aporte que están haciendo en el movimiento popular las nuevas generaciones rebeldes. Son 500.000 que quieren luchar de manera intransigente. Y existimos a nivel del movimiento revolucionario de masas tres fuerzas político-militares, que en la realidad chilena es una situación inédita. Está el MIR, que es la orgánica más antigua. Está el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y estamos nosotros¹⁴.

Durante el primer año de democracia, una seguidilla de ajusticiamientos a distintos personeros de la saliente dictadura culminan en el asesinato del senador Jaime Guzman por parte de un comando del FPMR. La Oficina, creada en 1991 tras el asesinato de Jaime Guzmán, estuvo poco más de un año al frente del organismo de inteligencia encargado de combatir a los grupos subversivos que siguieron activos tras el retorno a la democracia. Ese año bastó para desarticular lo que quedaba del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) y el Movimiento Juvenil Lautaro (MJL). Para el año 1993 el MJL quedó virtualmente desarticulado y con gran parte de su militancia activa en la cárcel. Las organizaciones armadas de izquierda solo llegan a enunciar una crítica a su historia y al proceso en que se vieron envueltos en términos militares porque lo político quedó supeditado a la capacidad del uso de la fuerza. La autocrítica del amplio espectro que involucró su accionar y su contexto fue una etapa que no llegó principalmente por la desmovilización, interna y externa, lo que cortó las experiencias pasadas en el presente y que ahora ciertos grupos recuperan pero con un cambio de foco que se trans-

14. *Movimiento Juvenil Lautaro. "Los hijos de Lautaro", 2011.*

forma en compensación simbólica de un proceso revolucionario que quedó trunco. Medir la significación histórica de la izquierda armada de la dictadura y la postdictadura a partir de su “capacidad de fuego” solo demuestra la impotencia de lo político.

Mientras afuera de la cárcel los nuevos vientos del asambleaísmo e ideas libertarias revitalizaban políticamente a la juventud, dentro de la cárcel no se estaba exento de aquello. Después del golpe represivo a los aparatos político-militares de la izquierda, específicamente del MJL, algunos militantes de dicho partido comenzaron a nutrirse y cuestionar las lógicas organizativas del marxismo-leninismo:

Al llegar a prisión, entre el 90 y 92, kada uno de nosotros era militante del Partido Mapu-Lautaro, pero en los años y produkto de diskrepancias kon la direxión y su manera de interpretar la aktual realidad social del país y del movimiento popular y revolucionario, y el komo enfrentar esta nueva y ya vieja etapa, ke es el encierro, nos llevó a romper kon nuestra organización de origen.

Esto no signifkó ni klauidikación, ni derrota. Valoramos y legitimamos el axionar radikal en kontra del kapitalismo; tanto ayer komo hoy, nuestras konciencias siguen libres de todo valor sistémiko. De esta forma podemos afirmar ke nuestro norte es la transformación total de la sociedad en ke hoy vivimos¹⁵.

Si la organización tiende a ser mutable por las circunstancias, también lo tiende a ser por las individualidades que en ella se congregan. Cada participante aporta con sus herramientas teóricas y prácticas aprendidas en diversos espacios y tiempos a la organización en que se encuentra. Pero cada herramienta, independientemente de su “naturaleza”, puede y debe ser evaluada por el conjunto de individualidades, quienes la pueden aceptar o rechazar. Desde esta perspectiva, la organización solamente tiende a fortalecerse porque fortalece la relación horizontal entre pares, eliminando de su base el individualismo o, en casos más extremos, el caudillismo. En este sentido, el participar en una organización determinada de esta forma exige el aprendizaje constante de quienes en ella participan. Un aprendizaje dinámico bajo ciertas condiciones hace que el crecimiento colectivo sea expresión necesaria del crecimiento individual. Este carácter horizontal de las relaciones sociales al interior de la organización proviene de ciertas corrientes anarquistas, quienes han demostrado empíricamente que una libre determinación entre individualidades es posible de llevar a cabo en términos organizacionales. La crítica hacia el anarquismo para nosotros corre por otra vía, respecto a un problema en el que se puede apreciar lo cercano que es al marxismo, del que también nos distanciamos: el vanguardismo.

15. “Autodefinición del Kolektivo Kamina Libre”. [https://www.nodo50.org/kaminalibre/SOMOS/ KIENESSOMOS.htm](https://www.nodo50.org/kaminalibre/SOMOS/KIENESSOMOS.htm)

Procedente del léxico militar y posteriormente artístico, la vanguardia se considera como un grupo de avanzada, que va por delante del cuerpo social, al que anticipan en todos los movimientos y le abren camino en la batalla. La vanguardia es la que ilumina al resto respecto a su propia condición, a la que sería incapaz de acceder por sí mismo, y mucho menos de trastocar. El vanguardismo marxista surge de la configuración de los partidos socialdemócratas desde el siglo XIX, en el que el partido se considera a sí mismo como la forma más avanzada del movimiento proletario internacional. Ya en el siglo XX, los autodenominados “partidos comunistas” pretenden ser la vanguardia del movimiento proletario, y sus comités centrales la vanguardia de la vanguardia. Con esta compartimentación exponencial que lleva a la conformación de núcleos de especialistas en la revolución, no cabe por supuesto la posibilidad de relaciones horizontales entre el proletariado y su supuesta vanguardia.

El vanguardismo anarquista cruza por una vía distinta: al transformarse en agentes permanentes de la subversión y de la conspiración, se escinden de toda articulación real con el proletariado, quedando finalmente aislados de ellos, lo cual los lleva a terminar por despreciarlo en tanto “sujeto sumiso” al orden imperante. La caracterización de la masa como “ovejas” o “borregos” que algunas veces emplean ilustra muy bien la situación. Las derivaciones insurreccionalistas y anticivilizatorias del vanguardismo anarquista son la expresión final de este tipo de comportamiento autoenajenante. La crítica a la sociedad se hace cada vez más abstracta: se parte por el desprecio al proletariado, y se termina con el desprecio a la humanidad. Se pasa de la reivindicación de la delincuencia a la reivindicación de catástrofes naturales como si fueran protestas y castigos en contra de la especie humana. En general siempre se trata de un carácter esencial, natural —lo Caótico, lo Anárquico, lo Salvaje— que es pervertido por la cultura humana. De alguna manera, ellos hablan en nombre de esa esencia natural, son sus representantes, del mismo modo que la vanguardia marxista se autoerige como representante del proletariado.

Ambas vías vanguardistas, las del marxismo socialdemócrata y la del anarquismo, no son otra cosa que la instauración por el camino de la separación representativa o liquidadora entre estos movimientos y el proletariado, a pesar de que surgieron desde él.

En el caso chileno, este vanguardismo anarquista se expresa en los ataques a distintos símbolos del poder y del capital chileno —bancos, iglesias, centros policiales, etc.—. Este comunicado de la “Banda Dinamitera Efraín Plaza Olmedo” es categórico en este sentido:

Aclaremos que esta acción no está dirigida a dañar y perjudicar a cualquier persona; estamos conscientes a quienes estamos atacando. Atacamos directamente a las personas responsables del sostenimiento de este orden putrefacto que se nutre con el

robo a los trabajadores por medio de las AFPs, con la explotación laboral que utiliza el terrorismo patronal para convertir el trabajo en una demanda social que solo reproduce esta sociedad esclavista, con el encierro de gente en poblaciones construidas a modo de cárceles que a su vez reproducen la violencia capitalista que promueven los explotadores, con la existencia de un sistema de salud mercantil y excluyente que mantiene en la incertidumbre la vida de millones de personas, con la mantención de un sistema educacional que desvió y deformó la lucha assembleista y realizada entre pares llevada adelante por los secundarios. Atacamos a los privilegiados que sostienen a su gusto esta sociedad explotadora a base de sangre, muertes, miseria y terror permanente.

Finalmente, no estamos haciendo más que atacar a los verdaderos terroristas, los dueños de este mundo, quienes comienzan a sentir las consecuencias de esta guerra social establecida por ellos.

Reiteramos: este es un acto consciente, es un acto cargado de contenido libertario, es un acto de guerra, es un acto de expresión antiautoritaria planificado y ejecutado con toda la creatividad de mentes que intentan ser libres. En este camino hemos optado por la autonomía que nos permite ser impredecibles y elegir nuestros blancos según nuestra percepción y análisis. La acción que acabamos de realizar es un ejemplo de ello, es un ejemplo de la espontaneidad que nos otorga la opción mencionada, que también nos posibilita continuar con nuestro accionar burlando constantemente a los aparatos represivos y de control de este Estado terrorista¹⁶.

Esta seguidilla de ataques comenzados el 2004-2005 termina de forma trágica con la muerte del anarquista Mauricio Morales. Con su muerte, el poder judicial cae sobre varios centros y militantes anarquistas, dando comienzo al bullado “Caso Bombas”. La represión desde el 2009 al movimiento anarquista chileno conllevó la desarticulación casi de la totalidad de okupas y centros sociales organizados por este movimiento. Estos espacios de confluencia permitieron que muchos jóvenes conocieran las ideas anarquistas y sus modos de organización, además también de ser el lugar de encuentro de muchos militantes y organizaciones de dicha tendencia. La represión significó en cierta medida el final de todo aquello. Podría hasta decirse que este golpe a la “retaguardia” anarquista se pudo adelantar a futuras organizaciones dentro del marco del movimiento social del año 2011 en adelante.

La descomposición del movimiento se materializa en la deriva nihilista anti-humana de parte de algunos sectores del insurreccionalismo:

16. Banda Dinamitera Efraín Plaza Olmedo. “Reivindicación de explosión en el Hotel Marriot”, 4 de septiembre de 2009. <http://www.cedema.org/ver.php?id=3580>

Como individuos e individuos en contra del progreso, la tecnología y la civilización olfateamos, observamos, vigilamos y estudiamos sus locales de cemento en donde se desarrollan diferentes tipos de acciones que conllevan a la devastación de la tierra como sus empresas que financian proyectos tecnológicos para que de esta manera personas científicas puedan utilizar herramientas y aportar a la (destru)construcción de ese concepto conocido como nanotecnología (no sólo científicos, sino que muchas otras ramas que nada tienen que ver con científicos), artificialidad y “progreso humano” para el bien común de ciudadanas y acomodados o quizás solo por egocentrismos personales de “descubrimientos”.

Contamos con información de nombres de empresas y personas que apoyan de forma monetaria y directa con conocimientos teóricos y forma práctica al progreso. También sabemos que la policía y sus torpes investigadoras saben de lo que hemos mencionado ya que no es una información difícil de encontrar (la de empresas) y los objetivos que atacamos no es nada nuevo para ellos, mejor sigan rellenando sus carpetas que de nada les sirve. Agregamos que queremos que sepan los matarifes y cazadores que también están en la mira.

Mencionamos como individuos e individuos que es evidente que los matarifes, los cazadores, las dueños de empresas, o en conclusión los que destruyan la naturaleza no leerán lo que acabamos de escribir pero si podrán notar cuando las flechas con fuego les encuentren .

No pensamos solamente en el hermano animal, sino en todo el eco-sistema que esta cada día más mal, si debemos de destrozr la propiedad de aquellos que sustenten la explotación animal, no dudaremos en usar todas nuestras armas e incluso quemar el siniestro lugar¹⁷.

La coyuntura que se abrió en octubre de 2019 en el territorio chileno pone al descubierto la crisis de las organizaciones *revolucionarias*, la falta de organizaciones comunistas tal como aquí las estamos pensando. Lo que se ha visto es vanguardismo positivo y la inexistencia de una vanguardia negativa. Cada grupúsculo, cada organización, cada colectivo, cada uno más radicalizado que el otro, intenta desmarcarse y saltar hacia delante sin leer las condiciones en que la lucha se ha desarrollado. Inclusive nosotras/os hemos caído en ese acto en más de algún momento al exigirle al movimiento real cosas que para él son impensadas o que simplemente no se desean. Sin embargo, la conciencia del deseo y el deseo de la conciencia pueden salvarse y necesariamente transformarse para crisis futuras que se forman en el presente. No

17. *Celula Karr-kai*. “Desde algunos lugares: Comunicado de la Célula Karr-kai”. 13 de enero de 2016. <https://es-contrainfo.espiv.net/2016/01/13/chile-desde-algunos-lugares-comunicado-de-la-celula-karr-kai/>

es que pensemos utópicamente ni por un segundo, solo reconocemos los límites históricos en los que nos movemos. No se puede correr el cerco de lo posible si el cerco de lo real no se ha transmutado en diversas formas, si no se ha criticado ni puesto en suspenso. Y no estamos para darle órdenes a nadie ni para rechazar su actuar: vamos al lado.

Lo que va tomando forma es el cómo hacer. La pregunta por “qué hacer” no tiene mucho sentido, porque se está haciendo cada día, en cada jornada, de maneras múltiples y que ningún grupo puede direccionar. Si hubiese dirección alguna, nada hubiera pasado ni nada estaría pasando. La expulsión de la ex-candidata presidencial del Frente Amplio de la Plaza de la Dignidad, Beatriz Sánchez, el domingo 17 de noviembre da cuenta de que el movimiento real tiene intereses que por algún lado se escapan de cualquier conducción y se confronta directamente a todo movimiento cupular que pretenda representarlos, aunque sea a través de pequeños gestos y fisuras heterogéneas. La representación política, el leninismo social, ha entrado en una etapa que puede terminar en su colapso o descomposición porque se ha cuestionado su legitimidad. Es necesario que se profundice si se quiere avanzar. La única pregunta que resulta válida en estos tiempos tumultuosos es cómo hacer que se de un salto cualitativo, que se cambien contenidos de manera no forzada, en el que el devenir mismo los lleve a asumir posiciones radicales de crítica al capitalismo y a sus diversos *consiglieris*. Esta puede ser una de las pocas certezas que podemos tener.

La formación de las asambleas territoriales pareciera ser un signo de los tiempos en que nos situamos. Surgen de manera espontánea producto de los objetivos reformistas que son necesarios establecer y sociabilizar; a la vez son resultado de la necesidad de organización de base que elimina —o por lo menos suspende crítica y temporalmente— la necesidad representativa y actúa efectivamente como “democracia” en su sentido etimológico. Lo importante de las asambleas territoriales son las formas organizativas que se están llevando a cabo, porque en ellas sus contenidos expresan los alcances y las limitantes históricas. Los contenidos más inmediatos pueden ser cambiados, pero eso depende de las capacidades organizativas de cada asamblea de fortalecer sus formas, de que encuentren “teóricamente” lo que ya son en esencia: una posibilidad de insertar en la historia un “contrapoder”. Ello pone de manifiesto que no tiene sentido la búsqueda incesante de un “sujeto histórico” que funciona como garantía de la revolución, ni menos que se lo intente hacer surgir a la fuerza bajo el nombre de “multitud”. Lo que está en crisis son las formas sociales de organización, los contenidos y los objetivos que se persiguen. La organización “desde abajo” critica y realiza negativamente la organización “desde arriba”. ¿Se podrá pasar desde estas estructuras coyunturales a unas permanentes y que sean efectivamente “contrapoderes”? El único modo de que esto suceda es que tomen conciencia de sus propias capacidades y limitantes.

No hay nada que ofrecer pero sí mucho que suministrar. El movimiento real ya decidirá sobre sus propios intereses, que pueden ser incluso contrarios a los nuestros. Pero hay que seguir ahí, hay que seguir generando materiales de interpretación. Alguien los recogerá y serán suyos. Hay que hacerse partícipes de las situaciones para trabajar en ellas con objetivos claros y específicos. Hay que construir situaciones, como decían en otros tiempos.

Hay que esperar. Y esto es lo difícil para cualquier organización comunista revolucionaria: no dejarse atrapar por la ventolera que se desata en la calle pero reconociendo que la urgencia también es una condición de posibilidad. Hay que leerla en sus signos, en sus símbolos, en sus contradicciones. Hay que esperar, pero la espera no puede ser eterna. “Ningún mal dura cien años” parece ser la ilusión y la esperanza de la época, porque el “mal” debería caer solo. Falso. Las cosas no caen solas, siempre hay algún factor que las hacen caer. Incluso la gravedad. Las situaciones no se producen por inercia, nada está garantizado. Se hace todo lo posible para que algo pase.

La organización en este caso tan particular es básicamente espontánea. Muestras hay de sobra. Desde la alimentación y el suministro de insumos médicos a la división momentánea de funciones en la “autodefensa” contra la policía en una manifestación, desde pegar carteles y hacer pintadas hasta la formación de asambleas territoriales. La pregunta que cabe hacerse es si estas formas organizativas pueden fortalecerse aprendiendo en base a su propio hacer o, si queremos dar un paso más acá, si tendrán la capacidad de plantearse otros objetivos a partir de lo que ya son en tanto fundamento. ¿Podrán tener otro carácter? ¿Podrán, o podemos, llegar a hasta un punto de no retorno en que se transformen en organizaciones que se disputen la realidad? Esta es la apertura que se necesita en estos momentos: apertura al tiempo, a las formas, a los contenidos. Solamente podemos inferir preguntas que, sin destinatario claro ni definido a la vez que muy claro y definido, abrirán otros derroteros. Hay que abrirse al futuro desde las posibilidades del presente.

V. LA REVUELTA DE OCTUBRE: ¿CISMA O CONTINUIDADES?

«Vino el movimiento del 2 de abril de 1957, en que estudiantes y obreros salieron a la calle a luchar juntos contra las alzas de la locomoción colectiva. Santiago, Valparaíso y Concepción dieron la tónica de la Lucha. Obreros y Estudiantes enfrentaban codo a codo la represión policial: el gobierno sentía que se le movía el piso bajo el impacto de la combatividad de las masas (...). El gobierno retiró a los carabineros y lanzó el ejército a las calles. Hubo 36 muertos y centenares de heridos en 3 días de lucha».

Humberto Valenzuela, *«Historia del movimiento Obrero Chileno».*

«Los sujetos de esta maravillosa multitud han interiorizado plenamente los criterios de la sociedad mercantil, y sus creaciones son prueba de ello. Casi todos los productos materiales e inmateriales de hoy día son de pacotilla. Lo que habría que hacer es abolirla, en lugar de gritar “¡es nuestra!”».

Anselm Jappe, *«Las aventuras de la mercancía».*

Leer el “largo octubre” chileno no es un proceso fácil y no tendría por qué serlo. Si consideramos que existe una serie de profundidades con alto alcance y con todos los quiebres posibles a partir de la transición a la postdictadura, el panorama que hemos estado delineando se puede recomponer a partir de una clave que nos resulta central: la sensación de que algo no anda bien con la modernización capitalista de orden neoliberal. La crisis que se abre en octubre de 2019 es principalmente un momento límite en la subjetividad tal y como se había venido produciendo y administrando en los últimos cuarenta años; por tanto es un momento crítico en cuanto las coordenadas que hacían posible a dicha subjetividad se cuestionan, y que se puede resumir en la siguiente pregunta: ¿cómo llegamos a soportar y reproducir este tipo de existencia tan severa sobre el individuo, que lo inmoviliza

socialmente? No es que se haya “extraviado” la sociabilidad, sino que la forma en la que esta se manifiesta contemporáneamente resulta contradictoria. La subjetividad tiene una base material que la hace posible, y al mismo tiempo un cierto tipo de subjetividad es la que produce esa base material; sin embargo, cuando ambos niveles dejan de diferenciarse y se muestran en su desnuda y radical identidad, hay algo que se quiebra.

El proceso de desmantelamiento del Estado empresario desde la crisis de 1982 fue administrado como el mejor *condottiero* por la Concertación de Partidos por la Democracia desde los noventas, a la vez que la pseudodemocracia protegida fue incapaz de resolver cualquier problema si no fuese mediante “acuerdos”, que no fueron ni dar ni ceder, sino perder y ganar de vez en cuando sobre algún tema de especial interés para cada grupo negociante. El “gran drama” de la transición a la postdictadura es algo que todo mundo tiene claro desde hace ya bastante tiempo: administrar un “pacto social” marcado por fuego y sangre sin garantizar ningún cambio sustantivo al modelo de desarrollo impulsado por los Chicago Boys y ejecutado por la dictadura cívico-militar, y además, por otro lado, tampoco resolver las demandas por justicia por todos los crímenes que permitieron esa imposición. Los *think tanks*, centros de estudio, universidades, fundaciones, partidos políticos, sindicatos y ONGs terminaron por bloquear un camino que en realidad solo podía volverse sobre sí mismo. Lo más interesante a nuestros ojos de este proceso es, precisamente, que se logró hacer coincidir a la infraestructura con la superestructura de una forma inédita en la historia de Chile, pero que estaba en completa sintonía con la ola de mundialización que asola al planeta desde la década de 1980. Y esto no tiene que ver con *doctrinas del shock* o planteamientos de ese estilo.

Uno de los logros del capital contemporáneo más publicitados es el de la convergencia entre democracia y mercado. Si bien es cierto que no existe una equivalencia inmediata entre ambos procesos, sí es cierto también que ambos refieren a un proceso más profundo y que ha culminado en la convergencia de ambos: la valorización, el proceso por el cual se produce y acrecienta el valor a sí mismo a través de su reproducción. El intercambio mercantil, de este modo, encuentra su necesario correlato en la igualdad democrática: la individuación de la comunidad se presenta como proceso que media toda relación, y que al mismo tiempo no puede más que reproducirse a sí mismo. Una misma lógica rige ambos procesos, la lógica del valor, que se impone como mediadora universal de toda relación, como unificadora abstracta de toda comunidad: es la promesa de la universalidad moderna realizada pero de manera invertida.

Pero esta lógica requiere a su vez una inmanentización de la comunidad: es decir, ahí donde existe una diferenciación, ella debe ser resuelta en último caso no en una figura trascendental, sino en un mecanismo interno a ella misma. Mercado y democracia encuentran allí su fundamento, y en ello

su identidad última. La individuación no se limita a ser el mero hecho de que cada ejemplar humano sea visto como una unidad diferenciada y autónoma respecto a las demás, sino al hecho fundamental de que la diferencia interna ya no es resuelta en términos de una imagen externa, sino en términos de la diferencia misma. Las imágenes a las que son remitidas las diferencias no implican una resolución, sino una continuidad de tal diferencia, una equivalencia general que permite continuar el proceso de diferenciación a través del intercambio.

Lo que actualmente llamamos sociedad no es más que la generalización de ese mecanismo, el cual, al permitir el intercambio de manera generalizada, permite la fundamentación paradójica de la comunidad en un mecanismo por definición inestable, el de la individuación. Ese mecanismo solo puede perdurar y reproducirse en tanto logre extenderse, es decir, en cuanto logre introducir la individuación ahí donde no se encontraba. En cuanto se mantengan las condiciones de esa reproducción, tal mecanismo puede sustancializarse bajo la forma del pacto social. Puede así sostenerse la ficción de que, de algún modo, hemos llegado a un acuerdo acerca de la aceptabilidad de tal mecanismo. Tal aceptación está sustentada en el supuesto de que el horizonte de lo social coincide, o coincidirá a partir de algún punto, con el horizonte individual.

Si nos situamos en la última década, el mecanismo de individuación se hace patente en múltiples niveles que corren por todos los aspectos de la vida cotidiana. En cierta medida, la individuación como forma histórica de subjetivación es el cúmulo de esa “sana relación” entre mercado y democracia, que terminan siendo un pseudomercado y una pseudodemocracia, dado que ahí donde más se experimenta ese sentimiento de libertad que ofrece el mercado al elegir entre mercancías particulares, más se experimenta la impotencia de no poder elegir ninguna; ahí donde más se experimenta la premisa de la representación política, más se experimenta la impotencia al sentirse defraudado por cualquier elección. La única libertad posible en este mundo es la de sentirse o no impotente en la sociedad que termina por ser una adición de individuos, tal como Margaret Thatcher lo anunciara a mediados de la década de 1980. La sociedad se fragmenta socialmente.

Pero no existe tal horizonte de lo social, sino la repetición incesante del valor, y la necesidad de la reproducción de esa repetición. La agonía de la democracia comienza precisamente cuando el Estado debe reconocer el carácter ficticio y artificial del pacto social. Tal reconocimiento, que no se limita a una mera declaración de intenciones sino que se materializa como un masivo despliegue de fuerzas estatales contra la población, no puede reducirse a un puro aprovechamiento del aparato estatal por una parte de ella. Esto responde a una necesidad del valor, que ha encontrado un límite en su reproducción y que debe superar. Ese primer gran límite que debe superarse es el del pacto social mismo: ahora ya no se trata de una supuesta aceptación

de las condiciones de reproducción del valor, sino de su imposición como necesidad hacia la comunidad; es decir, el reconocimiento de la autonomía del valor mismo.

Este primer movimiento de quiebre del valor respecto a lo social se enmarca dentro de un proceso más amplio. En efecto, lo social mismo, en cuanto inmanentización de los fundamentos de la comunidad, extrae sus fuerzas de todas aquellas relaciones que no han sido aún o no del todo individuadas, en cuanto pueden ser explotadas en el intercambio en condiciones ventajosas respecto a aquellas relaciones cuyo potencial de individuación ya ha sido agotado. De este modo, la ficción del pacto social se muestra como lo que siempre fue: la mantención artificial de las relaciones mínimas de comunidad. Lo que parece a primera vista una pérdida general de valores, no es más que la supeditación de todos los valores a un solo valor universal, aquel que se reproduce en el intercambio y que ahora impone no sólo su autonomía, sino que su supremacía con respecto a la comunidad.

Una vez que el valor impone su fuerza, rompiendo con la ficción del pacto social, comienza un proceso irreversible de fragmentación de la comunidad, que no puede ser resuelto a través de las antiguas figuras trascendentes, sino que, paradójicamente, sólo puede resolverse parcial y siempre momentáneamente a través de una profundización de la individuación misma, y por tanto a una profundización de tal fragmentación. En este punto, el individuo ya no mantiene una relación mediada con otros individuos a través del valor, sino que cada individuo se relaciona de manera directa con el valor, cuyos mecanismos de reproducción pueden hasta cierto nivel conocer pero que le son del todo ajenos. La mantención de esta relación directa del individuo con el valor es lo que se denomina normalidad, y la democracia se define entonces como el régimen que asegura su mantenimiento.

Este cambio en la función de la democracia, desde la mantención del pacto social a la normalización de lo social, no implica de modo directo su supresión. No implica tampoco que ya no hayan relaciones que puedan ser individuadas, es decir socializadas. Implica, sin embargo, que allí donde antes se había impuesto un límite al proceso de individuación, ahora el valor intenta traspasarlo. Y ese límite es el individuo mismo. Puesto que, ahora que se reconoce la ficcionalidad del pacto social, se reconoce con ello que el horizonte del individuo no necesariamente coincide con el de lo social: esta coincidencia se le aparece entonces al individuo como un imperativo de lo social, es decir, con el continuo y virtualmente absoluto reemplazo del horizonte individual por el horizonte del valor. La individuación traiciona su propia sustancialización, y el individuo cree estar afirmándose cuando no está más que aniquilándose. Lo que se conoce como redes sociales es el punto ejemplar de este proceso: una serie de “me gusta” o “no me gusta” son la expresión simbólico-material de una individuación llevada a tal grado de desarrollo que solamente permite una reificación de la que nadie está libre y

que puede generar la aniquilación del individuo mismo, incluso mediante la supresión que es el suicidio.

Por supuesto que el individuo siempre quedará a la zaga de este horizonte del valor, siempre viviendo a la sombra de su progreso. Sin embargo, los controles y castigos que impone el orden social al individuo que escapa al margen de maniobra hacen que éste dirija su comportamiento dentro de ese margen. Su dirección está limitada tanto por el estrechamiento constante de ese margen, debido a las exigencias crecientes del valor, como por el coste creciente de los sistemas de control que lo mantienen. A pesar de ello, el valor siempre podrá encontrar relaciones donde el nivel de individuación sea lo suficientemente inferior en relación con sus relaciones adyacentes como para que pueda ser explotada. El único límite en principio que encuentra este proceso es el de la mantención de la existencia de esas relaciones, y por tanto el de la especie humana misma.

Pero el comportamiento humano tiene límites que no considera tal orden social, para el cual el individuo no es, o no debiera ser, más que un agente receptor y transmisor de información, un mero reproductor de valor. A pesar de los esfuerzos del programa finitizador de la modernidad por reducir todo fenómeno a través de una métrica que lo hace discreto, iterable, modelable, existe un espacio opaco en el individuo que no puede ser reducido por ningún aparato epistemológico, por más que se puedan estrechar sus límites. Esa opacidad, cuando se traspasan ciertos límites, responde bajo la forma de pulsiones caóticas, violentas, irracionales. Por más que el orden social disponga de mecanismos de gestión de tales pulsiones, desde el entretenimiento hasta la guerra, si el valor requiere traspasar un cierto umbral de individuación, llegará a un punto en el cual no podrá seguir gestionándolas.

Más o menos este orden es el que “estalla” en octubre de 2019. Pero “estalla” en tanto que se devela de manera lateral en distintos aspectos de la vida cotidiana, no porque se tome conciencia plena de su funcionamiento y, menos aún, de sus fundamentos. Son demandas específicas que se enfocan hacia una manera tolerable de vivir en este tipo de modernidad capitalista: que la educación, que el transporte, que la vivienda, que las pensiones, que el salario mínimo, que el cuerpo, que la subjetividad, que el género... suma y sigue. La incapacidad de leer el conjunto no como la adición del todo sino como una red compleja de relaciones es lo que posibilita el estallido: cada quien con su demanda particular teje de otra manera un sentido de comunidad artificial y se encuentra en ella.

Interesante es tener en cuenta la conspiranoia fascistoide de Youtube que cree que estamos en una fase de “insurrección en curso” producto de un modelo de “revolución molecular disipada” como resultado de las directrices del Foro de São Paulo, de la intervención militar de grupos organizados y financiados por Cuba, Venezuela o Rusia, que es parte de un globalismo financiado por la ONU, por George Soros o por quien sea su *vedette* de tur-

no y fruto de sus deseos, lo cual a todas luces es ridículo por donde se le mire. Se les olvida que la descomposición de la sociedad es producto de la autovalorización del valor como forma basal de la relación social en su etapa contemporánea. La única respuesta que pueden esgrimir es intentar volver a estructuras arcaicas como la Patria, que es completamente contradictoria con la estructura económica que defienden, el capitalismo. Los bastonazos de ciego que dan son dignos de un *stand up comedy* porque piensan que el “marxismo internacional” es un “enemigo grande y poderoso” o que Piñera es un “izquierdoso”. Nadie podría seriamente contar ni tragarse un chiste tan jocoso como ese.

El argentino Agustín Laje, referente para algunos grupos de ese sector, se refirió en relación a las demandas de la época como banderas levantadas por la “Generación Idiota”, asumiendo una etimología bastante extraña. Idiota según él proviene del griego *idios*, “persona marginada del espacio común, aquella persona que no estaba conectada con la realidad”. Sin embargo, el consenso sobre el significado de “idiota” es que tiene relación con quien se preocupaba de sus propios asuntos. ¿Habría algo más “idiota” que su lectura sobre el trabajo, que refiere a que se puede “surgir” socialmente mediante él y que cualquiera puede ser millonario si se esfuerza lo suficiente? No logran comprender la “naturaleza” social del trabajo porque siguen a la Escuela Austríaca de Economía, con Hayek como cabecera y rebatido por Piero Sraffa con el peso de una roca, al punto que nunca más escribió sobre economía. El reconvertido del nacionalsocialismo que ahora se autodenomina “patriota” Alexis López Tapia lee a Guattari como movimiento de anticipación y cree que la “deconstrucción” es una forma ideológica y que proviene del neomarxismo o del postmarxismo, como ha indicado en más de una ocasión. Cualquiera que haya leído con atención —incluso en Wikipedia— sabrá que la “deconstrucción” es un método de análisis textual que se centra en las significaciones, y que en cierta medida está más cercana a la mayéutica socrática que a una forma ideológica como él la quiere identificar. Pero claro, como están metidos en la presunción de que vivimos en una “guerra cultural” —una recuperación paródica de Gramsci— o en una “guerra civil de baja intensidad” producto de la lectura y aplicación de manuales de Deleuze y Tiquun —le falta decir “escrito en conjunto”—, ni siquiera logran entender las claves de la época. El recurso “argumentativo” de situar al “adversario” como un monstruo es fruto de su pasado nacionalsocialista: el judío, el comunista de la primera mitad del siglo XX ahora es el movimiento social al que no logran comprender porque han caído en el delirio de la forma, en la provocación publicitaria sin argumento serio ni lectura profunda. La forma que tienen de autosituarse en lo público cruza por la “humillación”, el “destrozo”, la “violación” del adversario”, formas que solamente ponen de manifiesto represiones psíquicas producto de una masculinidad arcaica que no se abre a una vida psíquica disipada ni a una sexualidad más gozosa. Llegan al punto de creer

que el antifascismo es un grupo cohesionado y homogéneo al que terminan denominando “antifa” como si fuese una organización o, incluso, un partido. Quien no lee multiplicidades está condenado a ser el payasete del momento. Paradójicamente los idiotas son los que atacan a la “Generación Idiota”. Y es lo único que vamos a decir sobre ellos... lo que ya es suficiente.

Pero volvamos a cosas serias. Intentemos situar un origen. Imagine-mos un origen: la crisis. Es un concepto que encuentra su punto de partida en el griego *krisis*, “decisión”, que proviene de *krinein* que guarda relación con analizar, discernir y separar. Modernamente, desde el siglo XVIII, ha tomado el significado de “momento decisivo en un asunto de importancia”. De *crisis* también proviene “crítica” y “crítico”: “juicio”, y quien realiza el juicio.

Aquí la etimología de la palabra, su “sentido y contenido original”, da cuenta de ciertas astucias que se cuelan en el lenguaje y en su desarrollo histórico. No es solamente un asunto de conocimiento: es estratégico. Las palabras son un juego con la realidad, con la forma de relación que tenemos con ella, como acercamiento y también como sanción. El lenguaje dice ciertas cosas sobre la historia, así como ésta dictamina ciertas posibilidades para el lenguaje, pero ambos movimientos nunca se encuentran ni se corresponden por completo, aunque es absolutamente necesario tenerlos a ambos a la mano. “Momento decisivo en un asunto de importancia” que exige analizar, discernir y separar. He aquí el meollo del asunto. A este se llega por acumulación de sucesos. No aparecen de la nada ni son espúreos o espontáneos, como tampoco son plenamente predeterminados.

El momento decisivo de la historia del modo moderno de producción de mercancías, eso que llamamos y reconocemos como capitalismo, es el punto de su historia en que la contradicción se vuelve manifiesta y deja de ser un secreto para “iniciados” en su crítica o para quienes lo defienden con ahínco y lo intentan salvar una y otra vez: esa promesa de sacarnos de la escasez real que nunca se termina por resolver y que solamente nos devuelve a la escasez relativa. Si la contradicción es parte de su esencia, la crisis es parte de su fundamento. Nunca antes estuvieron las condiciones objetivas tan desarrolladas como en este momento en que se aprecia el colapso ecológico, la desvalorización del trabajo abstracto o la autovalorización del valor de manera tan cristalina, entre muchos otros procesos. Sin embargo, nunca nos habíamos encontrado tan lejos de un momento en que se pueda visualizar la posibilidad de la revolución. En menos de un siglo pasamos de la “actualidad de la revolución” a la “actualidad de la reforma” sin mediar “programa de transición” alguno. El proceso fue, literalmente, de golpe.

Se cambia el sentido de la pobreza para pasar a ser consumidores. El pobre, “el condenado del mercado”, carente de todo recurso, ingresa al sistema crediticio para consumir y hacerse partícipe de la expansión capitalista a todas las esferas de la vida social. La promesa de un automóvil, un teléfono o televisión por hogar y el sueño de la casa propia —la mercancía específica

es indiferente en esta argumentación— resultan ser agentes ideológicos reactivos de esa pobreza que se transmuta en capacidad de endeudamiento: el pobre debe seguir siéndolo pero debe consumir y definirse identitariamente mediante el consumo. Si “Chile es y será un país en libertad” —¿se entiende la ironía, no?— es en la del mercado, que cruza por todas las esferas separadas de la vida y que se reúnen solamente en cuanto modalidades de consumo. Cuando se habla de despolitización en Chile desde los años noventa, tenemos en cuenta de que lo que sucede en realidad es esta politización por la vía del consumo y la identidad que desde allí se produce. Hablar de despolitización es reproducir la lógica derrotista de la izquierda chilena desde el fracaso de la UP y el fracaso de la transición a la postdictadura. Dicho de otra forma: la tesis de la despolitización es el no reconocimiento de que el capitalismo neoliberal triunfó en esta sociedad con toda la fanfarria posible, arrasando y reestructurando todo a su paso, y que en ese movimiento deja en posición marginal a la izquierda que solo se transformó en una postulante a la administración del sistema.

Este es uno de los grandes logros del capitalismo neoliberal tal como se ha dado en Chile: integración completa y totalitaria de la vida en el mercado, incluso del otrora “despojado” de la vida, del “condenado de la tierra”, a la circulación de mercancías y, por ende, a la autovalorización del valor. Este mecanismo de subsunción también ha traído la formación de dos tipos de subjetividad novedosas: una residual en la que se cree tener algo cuando se carece de todo. Es como el líquido percolado de la basura: tiene características de todos los elementos que allí se depositaron a la vez que es irreconocible, es indeseable. La otra es la del emprendedor. ¿Existirá alguna palabra más indeseable que ésta por lo que representa? La lógica del emprendimiento radica en creer que la “creatividad” como valor supremo de la individualidad y su manifestación social-material y simbólica tiene algún “valor” en sí mismo. Ni siquiera alcanza para autoexplotación, porque sus raíces están en otra parte. El emprendimiento es pensar que se puede “surgir” en este sistema en base a un hacer que está cooptado por donde se le mire. ¿Surgir a dónde, de qué y para qué? Es poner una firma en una autoría devaluada. El traficante de drogas se ubica entre ambas, como bisagra.

El mundo de las cosas se transforma en el único mundo posible y el ingreso a él está completamente mediado por la cosificación. Se le exige a la subjetividad algo que no puede cumplir y colapsa por la frustración que se produce de esta imposibilidad. Exigencia y padecimiento se retroalimentan en un ciclo ascendente y aplastante. Por eso el narcisismo es la modalidad subjetiva primordial de esta época. La sociedad se termina por separar en dos bloques que se necesitan el uno al otro y que son intercambiables: administradores y administrados. No hay forma de evadirse o quedarse fuera de esta sociedad. Nadie ni nada puede estar por fuera de esta sociedad y su modo

de producción. El fragmento depende del todo y viceversa, al punto que esa distinción casi desaparece o al menos se hace imperceptible.

Entonces, ¿cómo hacer algo al respecto? La salida para develar las condiciones tanto objetivas como subjetivas, entonces, es política, pero de una naturaleza distinta. Si la tasa de sindicalización más alta fue lograda durante la época de la UP (33,7%), en 2019 es de apenas un 20%. No defendemos a la forma-sindicato como organización, pero es un dato que da cuenta de la movilización política en tanto la vía de la identidad en el consumo, residual o emprendedora, resulta ser “más atractiva” y potente. La participación en partidos políticos es mucho menor e independiente de su multiplicación. La representación política no convence. En la última elección presidencial participó sólo el 49,02% del padrón electoral. La mayoría se abstuvo. El 1,8% votó en blanco o nulo. Piñera salió elegido con 3.796.579 votos de un universo de 14.347.288: si se sacan las cuentas se puede tener la sensación que esas cifras rayan en lo absurdo cuando dice ser el “presidente de todos los chilenos” o que cumple un mandato soberano. Sin embargo, importa poco la legitimidad de las elecciones porque desde arriba se toman decisiones que afectan directamente a la vida cotidiana. Lo que importa es que menos de la mitad de la población cree en la representación política, del bando que venga, porque su creencia está en la capacidad de consumo. La otra parte cree a medias, porque es lo que hay que hacer para salvar a este mundo de un colapso inminente.

No faltará quienes crean que la salida es la militancia, el activismo. Nuestro problema con esta concepción es que se considera que la beligerancia debe ser de por vida. No queremos estar toda la vida en conflicto. No hay nada de valioso en el martirio, pero sí en los martillazos. El asunto es la contradicción y aprender a andar por caminos sinuosos, a tientas. La solución a una contradicción puede abrir otra. Esa es una de las pocas certezas que se puede tener en este mundo invertido. Por estos motivos partimos definiendo lo que entendemos por crisis: un momento decisivo en un asunto de importancia. Estamos en esa encrucijada de tomar decisiones. Pero desde algún punto se parte para estar más cerca de ciertos objetivos que cuando se inició el juego, el viaje.

El ciclo que se inaugura hace casi un año ha dejado claro que no hay camino que conduzca a Roma. Hay vías que te devuelven al origen y otras que te envían a terrenos inexplorados. Pero de todos los caminos se aprende algo, incluso que el que se repite nunca es igual, que algo nuevo se aprendió en el trayecto. El desvío, el tanteo, el paso corto y pausado es necesario cuando el mundo se oscurece o se transparenta. Hay que saber jugar con el vértigo y el juego es sumamente serio. Se gana o se pierde, pero, más importante aún, se aprenden lecciones para jugar mejor.

La negatividad entendida como crítica al actual orden de las cosas es crucial en estos momentos. Es una opción y una decisión política. Sin saberlo, anticipamos cómo la recuperación sistémica iba a reencauzar la revuelta

hacia un curso ciudadano que termina pidiendo la cadena y el látigo con los que se castiga todos los días por la necesidad de la urgencia, a partir de los mismos mecanismos y aparatos de dominación. La clausura de la revuelta es inminente cuando las fuerzas revolucionarias no tienen capacidad operativa para levantar un programa, aunque sea imaginario. Si bien hay quien se arroja hacia una nueva vida, esta es demasiado similar a la que se abandonó en el salto porque se busca una alternativa predeterminada. Ahí la revolución como negación y apertura de mundo no llega y se queda en la actualización de la reforma porque faltan las fuerzas de un movimiento que busque la superación del mismo y no solo el reclamo de que este mundo sea nuestro, o que sea mejor. Este mundo no puede ser nuestro. Tiene que ser otro que aún no está. Hay que invocarlo y hacerlo posible desde las ruinas de este. Hay que conjurarlo para visionarlo. La revolución no es destino, solo un medio. Y este mundo ahora se divide entre quienes lo defienden, a sabiendas o no, y entre quienes lo quieren ver superado, liquidado, para una nueva aventura.

El colapso de la estructura capitalista en todos sus niveles está lejano aún. Esta es la única lección que deja el largo octubre, con sus niveles de incertidumbre a diversa escala. Ni siquiera se puede hablar de una recomposición de fuerzas revolucionarias, porque lo que queda de ellas se manifiesta como impotencia. Hay quienes quieren ver en lo que va corrido de este año una revolución o un momento revolucionario. Tendemos a pensar más en lo segundo, pero con sus limitaciones. En la revuelta de octubre se pueden reconocer tres momentos. El primero es de tintes insurreccionales y que va desde el 14 al 20 de octubre; el segundo es la estabilización de la insurrección entre el 21 y 24 de octubre; el tercero es el de la reconstitución pseudodemocrática que se entabla el día 25 de ese mes y que abre el proceso constituyente. Tenemos que dejar en claro que esta división no la pensamos desde las características de la violencia ejercida, sino desde las condiciones programáticas que en cada una de ellas se presentan: el primero no tiene programa, en el segundo se delinea uno y en el tercero se concreta. Son diez días en que el “momento revolucionario” da pie al “momento de la reforma” por la incapacidad teórico-práctica de lo que significa actualmente “la revolución”. Una lucha que ha recaído en la pura praxis se transforma en una lucha impotente porque no logra hacer coincidir su contenido con una forma concreta. Y en este mundo, en esta sociedad, lo que no se trasciende a sí mismo se subsume.

Aún así no hay que desconocer que existen determinados quiebres, y hay que indicarlos, señalarlos, ponerlos en lenguaje para hacerlos comprensibles. Tenemos que comprender que un momento álgido no representa mucho más que eso: un momento álgido. De que se pueden desviar nuevas situaciones, se puede. Pero hay que generar el desvío, hay que nutrirlo. No pasa por obra de magia, ya que la magia es creer una mentira para hacerla verdad, para que funcione. Este es el momento de verdad del truco: existe sólo en tanto se cree en él. Hablar más fuerte, al borde del grito, no garantiza

que te escuchen más ni que te entiendan. Menos aún implica creer en lo que se dice. Hay muchas ganas de que la revolución aparezca, de que el momento revolucionario sea posible a partir de esta coyuntura. Pero el deseo choca con la realidad y se consume, volviéndose impotencia. Es inevitable contrarrestar lo que pasa en la calle con el propio deseo, porque si no se hace aparece una frustración que se es incapaz de soportar. Hay que aprender a vivir con la frustración y desde ella construir otros lazos, otras relaciones, otras reflexiones. Hay que aprender a tomar decisiones con ella y no negarla por sentirse sobrepasado.

La calle es un espacio de batalla, pero no necesariamente de violencia revolucionaria. La calle es batalla porque en ella se disputa tanto el espacio como las ideas. Las ideas no son a prueba de balas, se pueden pudrir como un vegetal expuesto a las condiciones necesarias para hacerlo. Las ideas se regeneran, se transforman, hasta el momento en que son útiles y tienen algún rendimiento para quien desee hacerla suya. Carecen de objetividad porque se apropian, se resemantizan y se despliegan de otras maneras. Las ideas son puntos de encuentro no forzado. Solo en ese sentido son efectivas.

Las contradicciones ya están en la superficie. Es cosa de leerlas atentamente para ver cómo se comprometen con el todo. Eso es lo que acontece desde octubre: la salida a flote de las contradicciones, que con la pandemia se agudizan. La tesis de “agudizar las contradicciones” ahora sirve como pobre consuelo para quienes creen que la dinámica social va al amparo de sus propios deseos. Por eso los saltos de torniquete, la fiesta intempestiva o los actos de solidaridad que componen octubre decaen en el “*Si po’, apruebo*” como un manto sobre la sombra. Hay quienes desean una vida mejor, otros que van hacia la vida y, entre quienes nos contamos, que aspiran a otra vida. En los dos primeros hay puro deseo esperando a ser cumplido; en el tercero no hay más que incertidumbre. El camino contradictorio que abre octubre es quizá el único que le queda asumir a un posible, no configurado, movimiento revolucionario que se quiera establecer y proyectarse en una lucha futura pero que encuentra en el presente todas sus potencialidades.

El fracaso de octubre desde el punto de vista revolucionario refleja y reproduce el fracaso del movimiento revolucionario del siglo XX, no al poner sus esperanzas y expectativas en la UP o el Apruebo: lo hace porque carece de imaginación política y se estanca en la producción de contenidos revolucionarios. Rayar una muralla con la frase “Abajo el trabajo” o “Por la abolición del Estado” no dice mucho si no existe una base social que comprenda interiorizadamente qué significan tales consignas. Sobre todo en un contexto donde el trabajo resulta cada vez más desvalorizado y el Estado ha sido desmembrado a un punto tal en que solamente se puede reconocer como mercado o como violencia policiaca, que en último término están emparentados por la administración general del sistema en su conjunto. Esta es la lección que podemos sacar de la actual crisis: dividir aguas para saber con

quién se pueden generar alianzas robustas, circunstanciales o mantenidas en el tiempo. No se trata de ser conspiradores profesionales ni de encontrar en la conspiración contra el orden de este mundo un lugar seguro desde donde actuar: es todo lo contrario. Es tomar el riesgo de hablar, de pensar, sentir, “vivir” en resumidas cuentas, de hacer de la experiencia de la lucha un espacio que se habita de otro modo desde la suspensión de las relaciones de dominación. Es abrirse a un futuro que aún no está desde este presente complejo e impredecible. Y el futuro es indescifrable e incomprensible todavía. No hay manuales que se puedan aplicar a ninguno de ellos.

En un mundo de mercancías, abrirse a la subjetividad es un paso necesario para cuestionarla y criticarla en su forma actual. Y en ese abrirse, encontrarse con el resto de subjetividades que se abren en el mismo sentido, con los mismos objetivos. Es crear y aprender un lenguaje nuevo desde el lenguaje del presente, con sus cargas semánticas específicas. La crisis no es colapso: es una oportunidad para desatar las fuerzas contenidas, latentes, y hacerlas manifiestas. La crisis puede generar las condiciones para un colapso posible. El colapso hay que forzarlo. Si no se hace caer y roer por completo la estructura que se busca derrocar, se regenera y muta. Se fortalece por la vía de la subsunción. Y todo lo que ha pasado desde octubre de 2019 no ha rozado el colapso sino solamente ha abierto la posibilidad de tocarlo, a lo lejos, en el horizonte, pero reforzando, contradictoriamente, el mismo presente desde el que surge.

VI. EL ESTADO COMO FIN ÚLTIMO, NUEVAMENTE

«Sabemos que el Estado imperante no es la “sociedad” que representa a la “clase obrera en ascenso”. Es el representante de la sociedad capitalista. Es un Estado clasista. Por lo tanto, sus reformas no son la aplicación del “control social”, es decir, el control de la sociedad que decide libremente su propio proceso laboral. Son formas de control aplicadas por la organización clasista del capital a la producción de capital».

Rosa Luxemburgo, *«Reforma o Revolución»*.

Una de las situaciones que más nos llama la atención es la de un cántico que se expresa casi todos días en las calles: “el pueblo está en la calle pidiendo dignidad”. ¿Qué es lo que expresa, y lo que esconde, este grito? Encontramos que el asunto pasa por una forma de sociabilización fundamental: el respeto a la dignidad de sus integrantes. “Dignidad” también es el nombre que se le ha dado a la plaza donde ocurren las grandes concentraciones en Santiago hace casi un año. “Digna” o “Digno” es el adjetivo que se le da a ciertas demandas en torno a la educación, la salud, el trabajo, la pensión, la vida en general.

Dignidad. Dignitas. Prestigio, valor. Merecer.

Digna, digno. Dignus. Merecedor, valorado, prestigioso.

Dignidad es la consideración de respeto que un ser humano merece sólo por ser humano. O sea: es el respeto que mereces sin importar tus méritos, que hayas hecho o no, cual sea tu condición social o que importancia te den los demás. Es un valor moral independiente de las contingencias y que no es negociable. El concepto es una abstracción típicamente platónica, a través del neoplatonismo de Plotino pasó al cristianismo y a la noción de universalidad de la dignidad de cada humano como hijo de Dios canonizada por San Pablo y en las encíclicas de la Iglesia de Roma. Los romanos paganos tenían su propia idea de dignidad, asociada con la condición de ciudadano de la República y servidor del Imperio. En el Renacimiento la idea se secularizó, y empezó a decirse que la dignidad es un atributo de cada ser humano sólo por pertenecer a la especie humana y no por la gracia de Dios. La época moderna hizo estallar la contradicción entre el concepto ideal de dignidad humana y su realidad concreta. Kant consagró como ideal puro el concepto heredado

del cristianismo y del Renacimiento, al decir que “el ser humano es un fin en sí mismo, no un medio para usos de otros individuos, lo que lo convertiría en una cosa”, noción que subyace a la filosofía del espíritu de Hegel y que a través suyo impregnó al pensamiento revolucionario socialista, marxista y anarquista de los siguientes 150 años. Mientras que, por otro lado, Nietzsche desmanteló la idea de dignidad como atributo universal y absoluto, afirmando que ésta sólo pertenece a la aristocracia de los mejores, los más fuertes, los “*übermensch*”, mientras que le está negada a los inferiores, los débiles y los miserables. El ordenamiento jurídico de los estados-nación y del sistema de relaciones internacionales recoge formalmente la noción universalista de la dignidad humana en su marco general de derechos, como un ingrediente clave de la mistificación de las relaciones sociales capitalistas, como su eterna “promesa incumplida” que sigue justificando la idea de progreso y mejora incesante de la humanidad; y a pesar de la inanidad del concepto, sigue siendo una de las nociones que expresan a nivel discursivo la voluntad de los seres humanos de que su existencia en común no sea una guerra de todos contra todos, es decir su voluntad de no entrar en la barbarie absoluta.

El campo semántico de la “dignidad” actualmente parece estar dado por una “forma correcta” de hacer las cosas, por la manera en que merecen ser vividas. Su forma contraria, la “indignidad”, no es necesariamente el estado actual de las cosas y tampoco es lo invivible. Es el deseo de que lo actual no sea así. Lo inquietante de estos movimientos en el lenguaje es que posicionan como germen una idea que está presente en la mayoría de estas demandas: lo invivible de lo vivible. El asunto es que solamente se conciben en los límites que dentro de la sociedad capitalista les puede otorgar: separadas en tanto que separación consumada de la totalidad.

Por ello es que en este movimiento la dignidad se pide. Ni siquiera se exige o se muestra, porque no hay valorización, ni prestigio ni merecimiento. Le tienen que dar dignidad como por acto de magia o por voluntad de algún ente seminvisible porque no puede autoarrogársela. En este hecho tan trivial pero a la vez tan poderoso lo que se esconde, o al menos no se muestra de modo abierto, es que el límite de la dignidad llega a consumarse solo como derecho. La dignidad se resemantiza como derecho a la vez que se transforma en su fundamento. Si recae en el ámbito de los derechos, sabemos de inmediato por la forma de organización social bajo la cual se ampara que la única salida posible es el Estado. Dentro de esos límites el Estado es el “único garante” para que la “dignidad” sea un mandato igualitario y equivalente pero en abstracto. La dignidad debe ser ley.

Así, nos resulta lógico que después de los primeros días salvajes de toda la movilización —que siúticamente los medios de comunicación corporativos y algunos “alternativos” se han esmerado en denominar “estallido social”, como si pudiese signar una potencia de otro mundo o como si hubiese pasado inesperadamente por “carecer de causas visibles”— la reconducción

del movimiento haya recaído en la demanda ciudadana por la “justicia social”. Esta solamente es la buena administración del capitalismo, su rostro humano deseable, el “buen gobierno”: una política de tolerancia con la pseudovida.

Una parte importante de la crítica hacia la policía en abstracto identifica que su accionar es improcedente porque se salta sus propios protocolos en la administración y monopolio de la fuerza. Una policía “abstracta” que es indigna de ser considerada como tal porque no es garante del orden que promete su posición social sino que solamente muestra su cara coercitiva y represiva. ¿Pero no era este el origen de la policía? ¿Garantizar el orden mediante la aplicación de la fuerza para proteger el Estado y su organización clasista como reproducción de la esfera económica que se ha vuelto totalitaria? La policía es necesariamente contractualista. ¿Tiene algo que decir la dignidad aquí?

Surgen museos de la dignidad en la calle que intentan rescatar manifestaciones gráficas para salvaguardar un movimiento contradictorio por donde se le mire. En cierta medida, el activar la memoria puede ir en contra de la historia como forma de posicionarse en el mundo. Memoria e historia son dos formas encontradas de pensar históricamente. La memoria tiende a fijar en el pasado los acontecimientos para traerlos de vez en cuando al presente a partir de un gesto volitivo, olvidando aquellas cosas que no encajan en la historia monumentalizada. La historia, sin embargo, implica encarar vivamente el pasado, activarlo en un presente que no fija su origen en el pasado visible, sino en el obliterado. La memoria tiene relación con el recuerdo, con lo que fue; la historia tiene relación con lo que es ahora y con la liberación del pasado de la memoria que lo oprime.

La “dignidad de la calle” encuentra su *leitmotiv* en el encuentro espontáneo entre subjetividades que anteriormente no se reconocían como comunes, que no tenían otro vínculo más que el de vivir en la misma ciudad o consumir las mismas moscas, pensar en los mismo deseos, padecer y reproducir el mismo modo de producción de manera interiorizada. Solo se reconocen en la miseria de la vida actual. Si se apuesta por la “dignidad” en abstracto, como derecho, se puede caer en un nuevo tipo de atomización, y que lo poquísimo que se ha avanzado retroceda de manera rampante. La dignidad como derecho no es otra cosa que la renuncia a la dignidad de la vida abierta e insistir tozudamente en la pseudovida. Es volver al Estado como única forma de relación política.

Un ejemplo de esto lo encontramos claramente en lo que se ha llamado “la primera línea”. “¡Cuánta dignidad muestran en su combate callejero contra la policía!” Irónico por decirlo menos. “Llevarles comida, entregarles agua mientras ellos nos defienden de las fuerzas represivas”. El acto de delegación de la violencia hacia otro, incluso si nos reconocemos en ese otro que la ejerce, implica transformarlo en policía, en tanto los vuelve garantes del orden, incluso si se lee en clave de autodefensa. La “primera línea”, si quiere

perdurar, tiene que enfrentarse a su realización: a dejar de serlo como instancia separada y transformarse en parte del movimiento real. Y en ningún caso esto significa abandonar el conflicto por la vía violenta sino todo lo contrario: transformarla cualitativamente. Mantener la “primera línea” en cuanto forma separada del movimiento real es fetichizarla, más aún si aquella nos insiste en decirnos cómo actuar separadamente mientras nos resguardamos en su “sacrificio”. Si se quiere avanzar en nuevas perspectivas, hay que superar la idea de la violencia separada y, por tanto, realizarla.

El mito que se arma en torno a la primera línea tiene más bien el sentido de recomponer o de compensar la vida miserable de quienes toman lugar en ella. Que son infantes provenientes del SENAME, profesionales empobrecidos o cuanto rasgo de despojo exista parece explicarse por ser entendidas como manifestaciones de una sociedad que se dedica a pauperizar a sus integrantes. La pregunta necesaria es para qué están ahí. El enfrentamiento callejero espontáneo, al reconducirse como manifestación social con objetivos definidos, es capaz de “fundar” su propio cuerpo policial orgánico. El momento en que el carácter insurreccional de la revuelta se transforma en el momento constituyente de la misma exige una inversión del mundo, generando sus propios mecanismos de funcionamiento. Si ni el Estado ni el mercado son capaces de garantizar la dignidad, la inversión del mundo generará la idea de que el movimiento social lo puede hacer.

La solidaridad de las ollas comunes, la autoeducación política en las Asambleas territoriales o cabildos ciudadanos funcionan como botella de agua en el desierto: aplacan la sed pero no hacen llover. Son parte del movimiento de confrontación que va buscando sus formas pero con contenidos que están restringidos al “buen gobierno” o al “buen vivir”, a lo digno. Si bien son un momento de avance, tienen sus límites al no plantearse desde una imaginación política que abra posibilidades a otra configuración del tejido social y se quedan atrapados por sus propias premisas. El sentido de la urgencia resulta ser devastador para cualquier movimiento con perspectivas y proyecciones políticas, en tanto se juegan su existencia en la fragmentación de las condiciones de posibilidad que los constituye. En cierta medida, se pueden leer como una autogestión de la política en tanto que esfera separada en la vida cotidiana y no como una integración política de la vida cotidiana misma. Se transforman en vida paraestatal, como inversión, pero no como superación de lo estatal como horizonte político y de sociabilidad.

La necesidad de un Estado fuerte ratifica la impotencia de la teoría crítica en estos tiempos y su incapacidad de ser parte del movimiento real. El degradamiento del movimiento social que surge en octubre a movimiento constituyente es una vuelta a un Estado que garantice la dignidad y el buen vivir. Pero es una vuelta quimérica porque se imagina que el Estado en Chile alguna vez fue así y por lo tanto basta con restituirlo: un buen Estado iría de la mano de un buen capitalismo al estilo de las sociedades europeas que viven

en regímenes socialdemócratas. La dignidad se transforma en elemento de modernización capitalista. Muchos se han puesto la camiseta del “Apruebo” o del “Rechazo” —la elección de uno u otro bando en el fondo es fútil—, pero no se han dado cuenta de que la discusión política que se abrió con la revuelta se empezó a cerrar desde el 15 de noviembre con el pomposo “Acuerdo por la paz y una nueva constitución”. Un acuerdo que esconde la sangre por debajo de la alfombra y donde el asesino es nuevamente el mayordomo. Cuando el Estado mostró su carácter represivo profundo, buena parte del espectro político socorrió al amo para reforzarlo a través de la necesidad del Estado de derecho, de que funcione realmente y que proteja a la ciudadanía. Ahora se vuelven al Estado como forma basal de organización social. Se le desea por una ausencia que se transforma en necesidad porque la violencia simbólica debe ser la menor posible pero debe seguir existiendo para mantener el pacto social. Sacrificar todo para ganar una pequeña parcelita, una cierta seguridad social, un lugar en este mundo.

Hay quienes hablan de que estamos en un nuevo Chile, donde la ciudadanía quiere un país más democrático, más justo, más solidario, más humano. Lo que parecen desconocer es que la democracia ha muerto, y la ha matado su propia libertad. Aquellos críticos que permanentemente acusan a los distintos regímenes democráticos de serlo solo de fachada están en lo cierto, pero desconocen el hecho de que ese carácter de fachada, ese esencial fundamento en su propia apariencia, es en lo que reside la democracia misma. Una vez que cae la fachada, no hay nada que encontrar detrás de ella. Incluso aunque se vuelva a levantar una nueva fachada, armada por los mismos acusados y sostenida por los mismos denunciantes, no podrá recuperar la anterior magia de su ficción. La fragmentación de la comunidad no puede ser reparada ya por una figura trascendente, pero tampoco por el proceso inmanente del valor, que la ha terminado por restituir con una brutalidad que apenas hemos podido atisbar.

Si existe algo que sea “digno” como forma de vida es una vida sin límites, una vida consagrada a su propia exploración y reconocimiento de las posibilidades aún inhabitadas. Esta pseudovida en la que las posibilidades mismas están reducidas y redireccionadas hacia la pura autovalorización del valor nada tiene de prestigioso, ni de valedero, menos de merecimiento. Si hay algo que abandonar en estos momentos es esa idea de la dignidad como derecho que lleva a un buen gobierno, a la justicia social. Abandonar la dignidad en abstracto quizás nos permita encontrar algo digno de vivir. Quizá este sea el momento de verdad del largo octubre.

El 15 de noviembre y su pacto por la paz y una nueva constitución posiciona al Estado como la única solución y alternativa a la crisis que se destapa desde el 18 de octubre. En el fondo de esta propuesta se esconde un secreto que no lo es tal: la única forma concebible de sociabilidad debe pasar por el Leviatán. Y al ser la única forma concebible se vuelve la única válida,

independiente del tono que el Estado tome. Si es robusto, si es mínimo, si necesita modernizarse, si adquiere un rostro ciudadano o si bien se estructura como un Estado social de derecho o, incluso, como Estado totalitario. Todos los caminos conducen al Estado porque este es el que ha desaparecido bajo la lógica política neoliberal. La lógica argumentativa del Estado neoliberal es que nos hace ver que el Estado es ineficiente y por tanto debe existir en su mínima expresión, dando paso al mercado como el gran garante de sociabilidad. El mercado se transforma en el reverso del Estado, organizando bajo su misma lógica el monopolio de la violencia, sea física o simbólica. Quienes abogan por la “libertad” solamente lo hacen porque creen que la libertad es elegir algo entre un mar de elecciones anticipadas; quienes abogan por el “Estado” lo hacen porque carecen de esa libertad y requieren que se les garanticen las posibilidades para hacerlo. Si el mercado no puede garantizar educación, salud, pensiones o lo que sea, debe ser el Estado quien lo entregue. Y todo debe ser de calidad o por lo menos cumplir un estándar mínimo para ser consumido.

Lo único que cambia al intercambiar el Estado por el mercado es el modelo de desarrollo y el hecho de quién tiene el monopolio de administración de la subjetividad para que nadie se sienta sobrepasado en sus deseos. Es una vuelta de tuerca a una sociabilidad pero desde el punto de vista del individuo atomizado que no encuentra otra salida más allá de su nariz. Desde la izquierda a la derecha, todo el espectro político salvo contadas excepciones ha recaído en salvar al Estado como la única forma posible, válida y legítima para salvarse a sí mismos. ¿Se ha transformado el Estado en el límite de nuestra sociabilidad moderna? ¿Sería posible concebir otra forma de organización social? Bajo las condiciones actuales, nos encontramos en un callejón sin salida en el que una alternativa no es posible materialmente, a pesar de que estén todas las condiciones posibles para pensarla. La conquista del poder político se piensa como una relación de verticalidad en la que la meta es la conquista del aparato estatal. La herencia leninista es todavía demasiado fuerte como para sacársela de encima de un día para otro, en cuanto se ha hecho desaparecer la dialéctica del pensamiento de y en lo político, así como se ha aniquilado la utopía como horizonte de sentido. Son tiempos de la actualidad de la reforma y no los tiempos de la actualidad de la revolución, y esa diferencia es de orden cualitativo.

Lo que se abrió como llaga en octubre se cierra con suturas desde octubre mismo. No se podía dejar la herida abierta por el riesgo de necrosis y que todos los esfuerzos por recomponer la sociedad pseudodemocrática se fueran al tacho de la basura. Se tuvo que volver a una concepción de lo político como etapismo para no enfrentarse al abismo, sacrificando toda la imaginación de lo político que se vislumbró en ese informe momento. Esa sutura desde esos días se llamó “fortalecer el Estado”, y aquí nos encuentra nuevamente imaginando cómo vivir sin él, en medio de campañas comuni-

cacionales bien mediocres por un plebiscito que supuestamente rearticulará un “nuevo Chile”. Ese ha sido el sino del largo octubre chileno: recuperar algo que se cree que estuvo pero que no es más que un fantasma que nunca se corporizó. La vida nuevamente es sueño.



VII. PERSPECTIVAS

«Muy pocos hombres, en sentido estricto, viven el presente, más bien arreglan su existencia para otra época»

Jonathan Swift, *«La batalla entre los libros antiguos y los modernos»*.

Es sabido que cada uno tiene su propio imaginario, su propia utopía, que suele funcionar como proyección de prejuicios personales, fobias, obsesiones. Lo mismo ocurre con las distopías. Hoy por hoy, en el actual momento histórico de epidemias, hambres y revueltas, cada cual va esgrimiendo sus utopías y distopías, atacando y defendiendo las propias y las ajenas. 1984 han gritado muchos al ver cómo globalmente todas las sociedades se han militarizado y han extremado al absurdo las medidas de seguridad y control, so pretexto de luchar contra la pandemia y velar así por la cuarentena global que se vive en estos momentos. Dentro de las labores para controlar la pandemia, también se han controlado a unos cuantos indeseables que perturban el buen funcionamiento de la nueva normalidad. ¿Esta será la nueva normalidad, el estado policial, de control y vigilancia a nivel global? Quienes dicen 1984 ya lo dan por hecho.

1986 han comentado otros, aludiendo que la gran cesantía que vive el país, el estado policial, las ollas comunes, los toques de queda, los milicos en la calle, etc. evocan ese punto en el tiempo. Un paisaje que se asemeja más a la dictadura de Pinochet que a la democracia light y honoraria que vivimos felizmente antes del 18 de octubre del 2019. “¡Falsa democracia! ¡Le llaman democracia y no lo es!” gritan. ¿Cuál es la verdadera democracia? ¿Qué es la dictadura? Si es por ello, se podría decir entonces que, para el golpe de 1973, la Constitución vigente entonces —la de 1925— quedó “suspendida” y el primer bando ejerció como fuerza de ley. Luego la Junta Militar emitió actas constitucionales. Hablamos de herramientas propias de una maquinaria democrática. Esas actas operaban con la violencia de una ley transgredida, lo que es la “violencia fundadora” de derecho, reordenando el espacio y normalizando la violencia en leyes. De esas actas surge la Constitución. Las relaciones entre democracia y dictadura son bastante más estrechas de lo que aquellos piensan. Por otro lado, quienes se asombran de la pobreza que existe

actualmente y la asemejan a la de antaño, parecen desconocer el hecho de que básicamente nunca cambió la pobreza, solo se escondió a través del crédito, que no es otra cosa que una anticipación de las ganancias futuras previstas, un ingreso consumido antes de haberse realizado. Ingreso que se obtiene de trabajos informales, del vivir al día. Una economía de subsistencia que se adorna a través del crédito.

1917 está a la vuelta de la esquina. Debajo de la pandemia está la revolución. O eso es lo que quieren ver algunos militantes, al ver revueltas alrededor del globo. La pandemia no hizo otra cosa que visibilizar la crisis económica que la acumulación de capital venía arrastrando desde hace décadas. Los más osados de estos militantes traen a la palestra viejos sucesos de la antigüedad: que tal vez en algún lugar del mundo o de Europa o quién sabe donde, después de la peste floreció la revolución. La peste negra mató al feudalismo y nos trajo el capitalismo. El covid-19 matará el capitalismo y nos traerá el comunismo. Es sabido que la historia ocurre dos veces, la primera vez como tragedia y la segunda como farsa. Tal vez en nuestro caso la miseria de la situación ni siquiera alcanza para una farsa, por modesta que sea.

A estas fantasías se agregan las de los medios, que no se quedan cortos al respecto. Que el COVID-19 mutó y ahora es seis veces más peligroso. Que en Mongolia hay dos casos de peste bubónica. Que en Kazajstán hay una pulmonía mucho más mortífera que el COVID-19. Que en China se detectó un caso de dengue y otro de peste bubónica al mismo tiempo, que en Florida se han notificado casos de una ameba comecerebros. Que hay rebrotes de COVID-19 en Corea, o en España o en Italia. Que a la vuelta de la esquina están las bacterias que transforman en zombies a las personas. Así han sido los más diversos titulares leídos en las últimas semanas en la prensa a nivel global. Pareciéramos estar frente al ocaso de la humanidad.

A primera vista, esa es la situación en la que estamos, la realidad en la que nos situamos. ¿Pero es realmente así? Para intentar responder esto primero deberíamos intentar definir qué es la realidad. Una tarea no menor que más de tres mil años de filosofía ha intentado responder. Que la realidad es inmutable, que la realidad cambia. Que tenemos una concepción idealista de ella, que tenemos una concepción materialista de esta. Que solo podemos tener conocimiento de esta a través de nuestros sentidos. Que nuestros sentidos nos engañan. Que es mejor aprehender la realidad a través de la lógica y la razón. Que la razón y la lógica no bastan y hay que poner lo sensible. Que necesitamos de la experiencia del mundo para conocer de este. Que si el mundo cambia constantemente, nuestra experiencia poco nos puede enseñar de la realidad. Que solamente a través del conocimiento a priori podemos desentrañarla. Que a través de los números podemos aprender de la realidad. Que la realidad es conmensurable. Que la realidad es volátil e inconmensurable. Que la realidad es un objeto exterior a nosotros. Que nosotros formamos parte de ella. Que no hay realidad. Que existe la realidad. Que hay

muchas realidades. A pesar de la vorágine de afirmaciones e incertidumbres que existen acerca de la realidad, sin embargo sabemos que está ahí, que de algún modo “funciona” nuestro mundo. Podemos entablar una relación social entre nosotros y podemos tener noción de nosotros mismos. ¿Entonces? Podríamos decir que la realidad es expresión del mundo viviente, como lo son el derecho, el Estado, la sociedad, el individuo, la naturaleza y la misma filosofía. Hay que sorprender al objeto —la realidad en este caso— en su desenvolvimiento, no conviene introducir divisiones arbitrarias; la razón del objeto, en cuanto es contradictoria en sí, debe continuar su movimiento y encontrar su unidad en ella misma.

También podríamos decir que “las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones dominantes concebidas como ideas.” Aplicando ello en este caso, la concepción de la realidad no es otra cosa que la concepción de la realidad dominante, que a su vez es la expresión de las relaciones dominantes. Y también, como diría Gramsci, “el contenido de la prensa está influenciado por una idea: el servicio de la clase dominante, lo que inevitablemente se traduce en una cosa: luchar contra la clase trabajadora. De hecho, del primer al último renglón, el periódico burgués adopta y revela esta preocupación”. Entonces: ¿esas noticias que más arriba citamos están al servicio de las relaciones dominantes de producción y reproducción sociales? Sin duda alguna. Pero, ¿son reales esas noticias? También lo son. Son reales. Entonces, ¿las ideas y concepciones dominantes que se tienen sobre la realidad son realmente la realidad? Sí y no. Como dijimos, debemos analizar el fenómeno de lo real de forma dialéctica, a través de sus relaciones y sus contradicciones. Es real que hay casos de peste bubónica en China. ¿Puede llegar la peste negra a nuestras casas? Aunque no se lo señale, ella está mucho más cerca de ellas de lo que parece: en los primeros doce años de este siglo, cerca de 120 casos en humanos de peste bubónica fueron reportados en Latinoamérica, siendo 87% de ellos en Perú. Particularmente, en el departamento de La Libertad fueron reportados 33 casos, con cinco defunciones, entre 2009 y 2012. Si bien aún existe la enfermedad, no está tan extendida y no es tan contagiosa como la de antaño, tampoco tan mortífera.

Entonces, ¿por qué últimamente salen tantas noticias sobre enfermedades potencialmente peligrosas? Basta con ver el contexto pandémico en el que nos encontramos, lo que se traduce en que las noticias sobre enfermedades sean más “populares”, por diferentes razones: propagar miedo, captar audiencias al ser el gran tema del que se está hablando globalmente, con todo el mercado publicitario que ello mueve. También contribuye a alimentar la atracción que de forma consciente o inconsciente sentimos hacia lo desconocido o lo inquietante. El miedo vende.

¿El lenguaje crea realidades? ¿Tenían razón los universitarios? Más allá de los artilugios lingüísticos creados por académicos *avantgarde*, los intelectuales en los que se basan no necesariamente apoyan sus extravíos; Van

Dijk, por ejemplo, nunca ha dicho que el lenguaje crea realidades por arte de magia. El lenguaje no crea realidad, sino representaciones y discursos de dicha realidad; por lo tanto, lo que se debe estudiar es el discurso del poder y el de la sociedad. Analizar la relación de estructuras de poder y estructuras del discurso y ver cómo el poder se aprovecha del discurso para representar —no crear— la realidad de ciertas formas. La cuestión por tanto es develar las estructuras de poder, que tienen realizaciones materiales que logran hegemonía ideológica por medio del discurso.

2020 quizás es una de las pocas certezas que tenemos en este mar de incertidumbres en que se ha transformado este año: estamos en el 2020, el presente es hoy, o por lo menos eso creemos en Occidente. Y la actual descomposición del sistema no es en modo alguno resultado de los esfuerzos de sus enemigos revolucionarios, ni siquiera de cierta resistencia pasiva —por ejemplo, frente al trabajo—. Ni siquiera un virus *deus ex machina* puede derrotar el sistema social de producción y reproducción. Se deriva más bien del hecho de que la base de la vida de todos y cada uno de nosotros en la sociedad mercantil, es decir, la perpetua transformación de trabajo en capital y de capital en trabajo —en consecuencia, el consumo productivo de la fuerza de trabajo y la valorización del capital— está agotándose de manera evidente y escandalosa, debido básicamente de la sustitución masiva de la fuerza de trabajo vivo por las tecnologías. En definitiva, ello ocurre debido a la transformación de toda producción humana en trabajo abstracto, es decir, el trabajo considerado solo por la cantidad de tiempo gastado, sin tener en cuenta su contenido. Al introducir nuevas tecnologías, se reduce el tiempo abstracto, lo que a su vez reduce el valor, y lo que a su vez reduce el precio de aquellas mercancías. Entre más tecnología se use para producir, más barata será la mercancía y por ende mayor producción se necesitará para producir el mismo valor y dinero que antes. Esa desvalorización de la mercancía y el mundo genera las condiciones para el colapso tanto a nivel económico como social, ecológico, etc. El crédito sólo sirve para simular una acumulación inexistente y para prolongar artificialmente la vida de un modo de producción en abierta y desatada contradicción. Tenemos este gigante con pies de barro delante de nosotros, que en cualquier momento puede derrumbarse y aplastarnos. Ninguna democracia verdadera o falsa ni ninguna caja con mercadería puede salvarnos. Ningún problema actual requiere una solución técnica. Se trata siempre de problemas sociales.

Si el documento que aquí entregamos resulta crítico y fragmentario es porque esas son las condiciones en las que nos estamos moviendo. Queremos ser claros en este planteamiento. Avizoramos más o menos cuales son las condiciones en que el movimiento se está dando, cuáles son sus procesos y, probablemente, cómo han de resolverse en base a la coyuntura. Es cosa de leer en serio la situación para ir tomando en cuenta las jugadas que se van

desarrollando día a día. No es necesario ser un experto ni tener una bola de cristal para hacerlo, solo un poco de voluntad y algo de claridad.

La vida en Santiago ha vuelto un poco a su cotidianidad con el velo de la “nueva normalidad” social y virológica. Hemos retomado nuestros trabajos —los que nunca dejamos para ser sinceros—, el transporte funciona regularmente con una que otra interrupción. Han abierto los bares, los cafés, los restaurantes y el comercio en general se mueve con relativa soltura. Los pobres volvieron a vivir como pobres. La “clase media” volvió a vivir como pobres y los ricos siguen siendo ricos o incluso más. Sabemos que en otras ciudades la cotidianidad de a poco va tomando forma e intenta volver a su estado anterior. Pero sabemos que nunca será igual: se ha recompuesto en otra conjugación, con otros verbos, con otras palabras, con otros sentidos. Se ha generado una herida y depende de muchos factores si esta se cierra o se profundiza.

Quizá el asunto corre de esta manera porque se está retomando una lucha que se cortó hace treinta y tres años. El desplazamiento temporal de la ruptura con la dictadura en su fase postdictatorial nunca tuvo en cuenta que el factor económico iba a ser tan importante para disputar el presente porque la economía se ha vuelto totalitaria. En este sentido, resulta bastante lógico ver que la estructura económica no se ha trastocado ni un milímetro. Ni uno. Pero ya se cuestiona, y eso es un avance innegable dadas las condiciones miserables de este país.

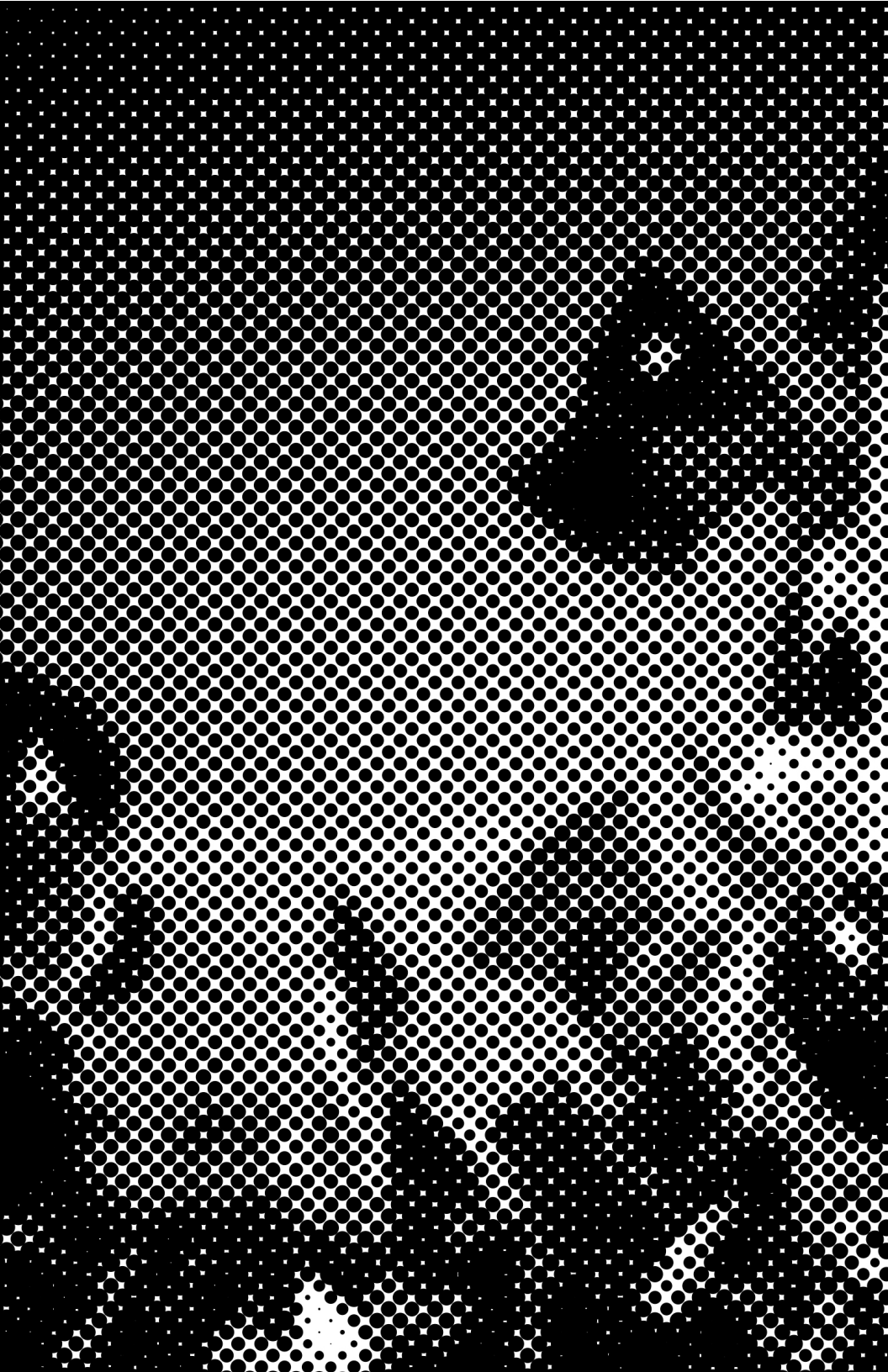
¿Cuánto tiempo más se podrán seguir aguantando estas formas de vida? Puede ser mucho más o nada. No lo sabemos. Apostemos a que sea poco tiempo. Muy poco.

Aguzar el ojo a cómo las cosas se van dando parece ser la posibilidad que esta época nos brinda. Agazaparse no sirve de mucho, conspirar tampoco. Inmovilizarse menos.

Abrirse a nuevas posibilidades y escenarios. Forzar la apertura. Rechazar manuales. Realizar la política. Practicar la teoría y teorizar la práctica al unísono. Reconocerse en el secreto y en el estruendo.

Ese es el movimiento real.

Y esta es su potencia que también es nuestra.





www.comunistasesotericos.noblogs.org